

NEWMANIANA

AÑO IX - NUMERO 26

ABRIL 1999



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina



LIFT - VAN

INTERNATIONAL CO. S.A.

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m2 cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 445-0230/0282 • 741-7447/7236/7286 Fax: 741-7211

NEWMANIANA



Año IX - N° 26

Abril 1999

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Ian Ker

Dra. Inés de Cassagne

Dr. Jorge Ferro

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Sumario

Editorial

**Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein)
y el Venerable John Henry Newman** 2

Conferencia

**Newman: descubrimiento del
catolicismo después de su conversión**4

Ian Ker (traducción Dra. Inés de Cassagne)

Meditaciones sobre el misterio pascual

Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo

V. El poder de la cruz 17

VI. La resurrección 18

XIII. La ascensión 20

Traducción del Dr. Jorge Ferro

Sermón

Sermón y meditación 23

• **La individualidad del alma**24

• **Dios y el alma**30

Introducción y traducción: P. Fernando María Cavaller

Cartas

**"Don't be original!", o La humilde servicialidad
del autor eclesiástico** 33

Inés de Cassagne

Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) y el Venerable John Henry Newman



Transcribimos este interesante artículo que nos envían desde Birmingham en el habitual Newsletter de los Friends of Cardinal Newman con sede en el Oratorio.

Edith Stein, una alemana judía que se convirtió al catolicismo en 1922 y entró en el Carmelo, tomando el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz, fue muerta en Auschwitz, el campo de concentración, el 9 de agosto de 1942. Fue canonizada el 11 de octubre de 1998.

Como queda claro en el artículo de Monseñor Günter Biemer, publicado debajo, hubo en nexo entre Edith Stein y Newman. En su reciente encíclica, Fides et Ratio, el Papa Juan Pablo II escribe: "La fecunda relación entre filosofía y palabra de Dios se manifiesta también en la decidida búsqueda realizada por pensadores más recientes, entre los cuales deseo mencionar, por lo que se refiere al ámbito occidental, a personalidades como John Henry Newman, Antonio Rosmini, Jacques Maritain, Étienne Gilson, y Edith Stein".

Mons. Günter Biemer es presidente del Internationale Deutsche Newman Gesellschaft, en Friburgo, Alemania.

En 1925 el Padre Erich Przywara S.J., ampliamente conocido por su Newman Synthesis y como un celoso promotor de Newman, visitó a Edith Stein en Speyer, donde ella era profesora en la escuela conventual de las monjas dominicas. Le habló de sus planes para una edición alemana de las obras de Newman, y la comprometió a traducir *La Idea de una Universidad* y una selección de cartas y diarios de Newman.

Según Hilda Graef, Edith había dicho en sus años de juventud que un traductor "tiene que ser como el vidrio de una ventana, que deja pasar la luz pero no se ve". Más tarde, en 1952, el Padre Przywara recordaba que le había escrito a Edith diciéndole que para él un buen traductor era alguien que no solo transmite el significado sino que es literal al seguir las palabras, más aún preservando la forma rítmica de las frases y de las secuencia de las palabras. Mientras que María Knoepfeler (otra traductora de Newman) no quiso seguir estas indicaciones, Edith Stein comprendió lo que él quería porque era su propia idea al respecto.

Edith estaba impresionada con Newman. Escribiendo al filósofo polaco Roman Ingarden, discípulo de la escuela fenomenológica

de Edmund Husserl, Edith señalaba: "Es maravilloso para mí en el curso de la traducción tomar contacto tan cercano con una mente como la de Newman. Su vida ha sido simplemente una búsqueda de la verdad religiosa".

Hablando de la *Apología* describió cómo Newman "fue llevado con necesidad inevitable hacia la Iglesia Católica". Al mismo corresponsal le explicó el método de comprobación de Newman, basado en la convergencia de probabilidades, tal como se desarrolla en la *Grammar of Assent*.

Su traducción de las Cartas y Diarios de Newman mereció alta estima por parte de Przywara. El Padre Bacchus, estudioso del Oratorio de Birmingham, escribió una introducción a la edición titulada J.H. Kardinal Newman, Briefe und Tagebücher bis zum Übertritt zur Katholischen Kirche (1801-1845) Mit Einleitungen von Francis Bacchus und Henry Tristram (Munich: Theatiner Verlag, 1928).

Edith Stein aprendió del Padre Schwind, Vicario General de la Diócesis de Speyer y su confesor, acerca de la doctrina de Newman sobre las virtudes opuestas, que dejó una impresión duradera en su mente y le ayudó en su desarrollo espiritual. ✍

ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia.

Amén.



Oxford International Newman Conference
Agosto 1995

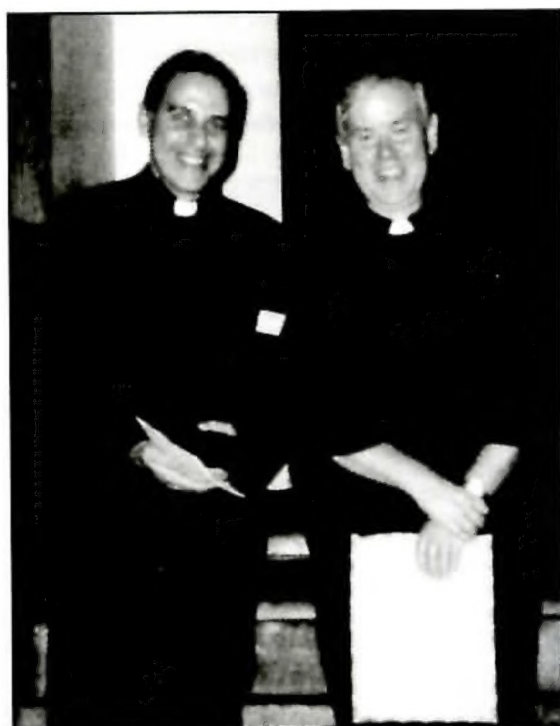
Newman: descubrimiento del catolicismo después de su conversión

Ian Ker

La foto muestra al Padre Ian Ker junto al Padre Cavaller, durante el Congreso Internacional sobre Newman que se desarrolló en Oxford en 1995, para conmemorar los 150 años de la conversión de Newman al catolicismo. Tal evento estaba organizado precisamente por el Padre Ker, junto al Padre Barber. Desde entonces, los que pudimos asistir a ese importante encuentro de Amigos de Newman, hemos seguido en contacto con el Padre Ker, a quien volvimos a ver en 1998 con motivo del último Congreso, también en el Oriel College de Oxford.

El Padre Ian Ker es capellán de la Universidad de Oxford, y es un destacado estudioso de la obra del Cardenal Newman. Ha escrito, entre otras obras y artículos: *John Henry Newman, a biography* (1988), *Newman the Theologian* (1990), *Newman on Being a Christian* (1990), *The Achievement of John Henry Newman* (1991), es editor de *John Henry Newman: the Idea of a University*, *John Henry Newman: An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, y coeditor de *The Letters and Diaries of John Henry Newman*.

El Padre Ker nos ha autorizado a traducir y publicar la conferencia que dio en aquel Congreso del '95. Gracias Padre Ker por su colaboración y sobre todo por su amistad.





Plaza de San Pedro y
Basilica en el
siglo pasado.

I

La historia de la conversión de John Henry Newman al catolicismo no es exactamente lo mismo que la historia de su descubrimiento del catolicismo. La *Apologia pro vita sua*—subtitulada “*Historia de mis opiniones religiosas*”— es en efecto su autobiografía teológica hasta el año 1845 en que se unió a la Iglesia Católica Romana. Allí encontramos un detallado relato del desarrollo de sus ideas, pero muy poco de su vida interior o de su experiencia religiosa. El propósito del libro es mostrar cómo un hombre fue avanzando lógica y naturalmente desde su creencia en el cristianismo hasta creer en el catolicismo. A Newman le importaba demostrar que su conversión no sólo era sincera sino también intelectualmente objetiva. De allí que haya excluido deliberadamente otros elementos y factores, dando la impresión de un austero acercamiento intelectual a la religión, lo cual dista mucho de la verdad humana completa.

Así y todo, la conversión intelectual de Newman precede en su mayor parte a un descubrimiento experiencial e imaginativo del catolicismo. Luego solía decir que se hizo católico porque se convenció que “la moderna Comunión Romana

era la heredera y la imagen de la primitiva Iglesia”¹. Empero, si bien él sabía mucho sobre la temprana Iglesia, en cambio sabía muy poco sobre el catolicismo contemporáneo, aparte sus doctrinas formales y su enseñanza. En 1835, dos años después del inicio del Movimiento de Oxford, declaró que le hubiese gustado “encontrar a un católico romano para captar su sistema”, aunque era reluctant a “intimar con los católicos ingleses por su hostilidad a la Iglesia de Inglaterra y por su inclinación a aliarse con sus enemigos políticos”². Cabe destacar, sin embargo, que él veía con claridad que no se puede comprender el catolicismo sólo leyendo libros y que nada puede sustituir al contacto con católicos reales en orden a conocer la Iglesia Católica desde adentro. En 1844, cuando todavía no había decidido hacerse católico romano, aún pudo decir: “No tengo relación con católicos romanos. Casi no he visto sus celebraciones, ni siquiera en el extranjero. No sé nada de ellos. No me gusta lo que oigo decir de ellos.”³

Un joven sacerdote irlandés llamado Charles Russell

Esto es un poco exagerado, ya que, como el mismo Newman lo reconoce en la *Apología*, hubo

un católico romano que influyó significativamente en su conversión: un joven sacerdote irlandés llamado Charles Russell, profesor en Maynooth, quien tuvo la iniciativa de escribirle y enviarle un volumen de los sermones de San Alfonso María de Liguori, con la esperanza de que escritos prácticos de este tipo fuesen más eficaces que los teológicos o apologeticos para dar a conocer el catolicismo y atraer a los ingleses. La elección de Russell era de lo más atrevida ya que el santo napolitano constituía un blanco favorito de polémicas anticatólicas por su supuestamente notoria "mariolatría". Pero nada de esto halló Newman en realidad, y el haberse omitido algunos pasajes de un sermón sobre la Virgen María sólo le pareció demostrar que la espiritualidad católica variaba de país en país y no era uniforme como él suponía. De hecho, Russell visitó un par de veces en Oxford a Newman, quien dice: "Quizás tuvo más que ver con mi conversión que ningún otro".⁴

Pero es cierto que Newman evitó a los católicos y las iglesias católicas en su viaje de 1832-33 por el Mediterráneo cuando no podía menos que toparse con ellos. Aún entonces se había "abstenido de actos religiosos de adoración, por más que era un alivio consolador" ir a las iglesias, en las cuales, a pesar de todo, decía no "saber lo que pasaba", agregando: "Nunca entendí ni traté de entender la Misa"⁵. En este pasaje —de una carta escrita tras su conversión—, lo mismo que en la *Apología*, Newman no rinde cuenta cabal del efecto que tuvieron en él los países católicos que visitó y ver de cerca por primera vez el catolicismo.

Sin embargo, en la *Apología* hay algunas referencias al influjo emocional e imaginativo que tuvo en su desarrollo el haber experimentado por sí mismo una religión que, desde su temprana conversión "evangélica" de 1816, había considerado como la religión del Anticristo predicha en la Biblia. En el primer capítulo, donde hace un somero relato de esos meses críticos de su vida en que viajó por primera vez al extranjero y fue testigo, tanto del Catolicismo en Italia y Malta, como de la ortodoxia en las islas de Grecia, pretende no haber visto "sino lo externo" y no haber "conocido nada de la vida escondida de los católicos". Empero, en el segundo capítulo se corrige al admitir que había sido afectado, muy impresionado, para no decir conmovido, por lo que vio.

"Cuando estuve por el Mediterráneo..."

"Cuando estuve por el Mediterráneo, la contemplación de tantos grandes lugares, santuarios venerables y nobles templos, excitó vivamente mi imaginación; y mi corazón se conmovió también. En una expedición a pie, atravesando un desolado en Sicilia, llegué a una pequeña iglesia a las seis de la mañana. Oí voces y miré. La iglesia estaba llena de gente y todos cantaban. Era, claro, una Misa pero yo no lo sabía. Y en medio del tedio de mis días de Palermo, el frecuentar las iglesias fue un consuelo que agradecí en el alma y que nunca he olvidado..."

Aprendí así a fomentar sentimientos positivos hacia ella (la Iglesia de Roma) pero mi razón seguía absolutamente intacta".⁶

Al leer las numerosas cartas enviadas por Newman a los suyos durante esos seis meses y poco que estuvo en el extranjero, impresiona la actitud ambigua ante el catolicismo. Por un lado, mantiene todas sus objeciones teológicas al catolicismo tridentino, reforzadas en algunos casos por los aparentes escándalos y prácticas supersticiosas que ha observado; por otro lado, se ve sorprendido por cuanto parece del todo inobjetable y hasta admirable, y sobre todo el estar en Roma le produce un efecto devastador. Piensa que es "un sitio maravilloso", "la primera entre todas las ciudades", y que las ciudades vistas anteriormente, "incluso la amada Oxford, no son sino polvo comparadas con su majestad y gloria". A la vez es afectado por sentimientos muy distintos. Después de todo, Roma carga con un aspecto "horrible" en cuanto es "la gran Enemiga de Dios": sus

"inmensas...ruinas, al pensar en los propósitos a que fueron dedicadas, al ver el circo donde padece Ignacio, las columnas de orgullo pagano con inscripciones todavía legibles, la marcan como la vil herramienta de la ira de Dios y también de la malicia satánica."

Una y otra vez, en sus cartas a Inglaterra, habla de sus "mezclados sentimientos" sobre la ciudad:

"Uno se halla en el sitio del martirio y entierro de los Apóstoles y Santos —uno está rodeado por los edificios y vistas que ellos vieron— y uno se encuentra en la ciudad a la que Inglaterra le debe la bendición del Evangelio—. Pero por otra parte las supersticiones; —o peor, la solemne recepción de las mismas como parte esencial del cristianismo—

*luego nuevamente la extremada belleza y pompa de las iglesias— y luego, al contrario, pensar que la más famosa fue construida (en parte) a costa de las indulgencias— Realmente, es un sitio cruel. —Hay más y más cosas para ver y meditar, diaria- mente— es una mina de toda clase de excelencias, la más excelsa”.*⁷

Aunque obviamente cautivado por Roma, se sentía obligado a continuar protestando contra su religión no reformada:

*“No puedo despojarme del todo de la noción de que la Roma cristiana se encuentra de algún modo bajo una sombra especial tanto como lo es- tuviera ciertamente la Roma pagana —a pesar de que no vi nada que lo confirme. No es que se pueda tolerar por un instante la vil perversión de la verdad que aquí es sancionada, pero no estoy en condiciones de afirmar que haya algo peculiar en la condición de Roma...”*⁸

Por cierto hay que admitir que hay “grandes apariencias...de devoción en las iglesias”, sin embargo como “sistema”, el catolicismo está indudablemente “corrompido”⁹. Así, al ver al Papa y su corte en la Misa solemne, se escandalizó por la “nada edificante ostentación”...

*“pero cuando llegué a ver la bendición con el Santísimo Sacramento, y me acordé que estaba en la iglesia, sólo pude decir con suma perplejidad mis propias palabras ‘¿Cómo te nombraré, Luz del ancho occidente o sede del abominable error? —y experimenté la fuerza de la parábola de la ci- zaña— ¿quién puede separar la luz de la oscuridad sino la Palabra Creadora que profetizó su unión? Así que me veo forzado a dejar la cuestión al no poder solucionarla.— ¿Cómo te nombraré?’”*¹⁰

“El sistema Católico Romano”

Iba a meditar esta cuestión por mucho tiempo. Mientras tanto, se contentaba tratando de distinguir entre “el sistema Católico Romano” que siempre “había detestado” y “el sistema Católico” al que se decía “más ligado que nunca”. Y mientras temía que hubiese “muchas mojigaterías” y “escándalos muy graves y difundidos entre los sacerdotes italianos”, a la vez no podía evitar pensar que “hay un profundo sustrato de verdadero cristianismo, y creo que pueden estar (al menos) tan cerca de la verdad como ese Mr. B que cada vez me gusta menos”. Mr. Barges era el ca-

pellán de la Iglesia de Inglaterra en Roma, al que Newman describía como “uno de los predicadores más fatuos que he escuchado, tan lamentablemente pomposo en forma como en fondo”¹¹, en tanto los “miembros de la cruel iglesia”, por el contrario, le merecían elogios. El colmo de la paradoja es que en esos seguidores del Anticristo que condenaban a los protestantes como herejes, Newman encontrase “tanta afabilidad y gentileza” y “tanto oxonianismo” (el más alto elogio)¹². Mucho después, siendo católico, iba a desarrollar una verdadera teología de la corrupción, pero por el momento no podía apreciar el importante corolario de aquel principio de que la corrupción de lo mejor es lo peor.

La única explicación que podía dar entonces era que había una importante distinción entre Roma como lugar (una de las cuatro bestias del Apocalipsis, según la mitología protestante) y Roma como Iglesia: pero “cómo trazar la divisoria entre dos poderes, espiritual y demoníaco, que se hallan tan fuertemente unidos, supera toda imaginación”. Sólo podía atribuir la corrupción del catolicismo romano al hecho de ser “esclavo” del espíritu que debe regir aún Roma¹³.

Mientras esperaba un barco que lo llevase de vuelta a Inglaterra desde Palermo, en Sicilia donde casi estuvo a punto de sucumbir a su enfermedad, se sintió “apaciguado” visitando las iglesias —si bien todavía “no sabía nada de la Presencia del Santísimo Sacramento” ni iba a los oficios¹⁴. Pero el retiro” que le ofrecían las frescas iglesias en comparación con las “sofocantes calles de la ciudad” le inspiró aquel poema hondamente ambivalente que empieza:

*“¡Oh cuán puras eran tus creencias!
Pues suavizas el corazón, tú, Iglesia de Roma,
con tu incansable vela y tu variado ritmo
de oficios, en el sagrado hogar de tu Salvador!”*¹⁵

“Los Padres me hicieron católico”

Doce años iban a transcurrir aún antes de que Newman llegase a convencerse que el credo de la Iglesia Católica Romana era puro y que la posición anglicana no lo era. Durante esos años nunca volvió a ponerse en tan cercano contacto con el catolicismo como lo estuvo en aquellos meses tan traumáticos y excitantes en el extranjero. La pro-

Custodia que se encuentra en el Oratorio de Londres

funda revolución en su visión teológica desde el calvinismo evangélico hasta el catolicismo romano fue el resultado de un desarrollo gradual que culminó al reconocer que la Iglesia de los Padres era la misma que la única entre las modernas iglesias que se animaba a llamarse simplemente "Iglesia Católica". Según sus propias palabras, fue "el vivo retrato" que "presenta la historia" lo que finalmente abrió sus ojos a una identificación que no era, lo admitía, evidente de por sí. Y atribuyó en última instancia su conversión a aquella primera "visión de los Padres" que lo había impresionado tanto en su juventud al leer la historia de la Iglesia del calvinista Joseph Milner: "Los Padres me hicieron católico" ¹⁶. Por más que hubiera sido difícil mostrarle a otros la estrecha semejanza que él veía entre el catolicismo y el temprano cristianismo, a él, hasta años después, le parecía obvio que "la actual Iglesia Católica Romana es la única iglesia que se parece, y mucho, a la primitiva Iglesia".

*"Es casi como una fotografía de la primitiva Iglesia: o al menos no difiere de la primitiva Iglesia tanto como la fotografía de una persona de cuarenta años difiere de su fotografía a los veinte. Se ve que es la misma persona."*¹⁷.

"Fría es la idea de un templo sin la Divina Presencia"

Aún así, en la época de su conversión, Newman todavía ignoraba mucho sobre el sistema concreto del catolicismo según se había ido desarrollando durante la Edad Media y desde el Concilio de Trento. De hecho, el rasgo que más lo impactó en su nueva vida religiosa fue una sorpresa para él.

"No nos dábamos cuenta de los privilegios que luego encontraríamos. Yo no me permitía de tenerme a pensar en las bendiciones que ganaría —y aunque lo hubiese pensado— no me habría imaginado el consuelo inmenso e inefable de habitar en la misma casa con Aquel que curó a los enfermos y enseñó a Sus discípulos... Cuando estando en el extranjero entraba en las iglesias, me abstenía de realizar actos religiosos de adoración, y por más consuelo que experimentase, por cierto no sa-



bía lo que allí pasaba; nunca entendí ni traté de entender la Misa —y no conocía ni había observado la lámpara del tabernáculo— pero ahora que he gustado el sagrado deleite de adorar a Dios en Su Templo, ¡qué indeciblemente fría es la idea de un templo sin la Divina Presencia! Hasta se diría ¿qué significa? ¿para qué sirve?" ¹⁸

Es notable cómo la reserva del sacramento en el tabernáculo de las iglesias católicas lo impresionó y conmovió más que ninguna otra cosa, aún más que la Misa y el ritual. Yo creo que esto nos dice algo muy importante, no sólo sobre Newman sino también sobre el impacto del catolicismo en la imaginación de los conversos ingleses provenientes del protestantismo. Así, cuando Newman le informa a un íntimo amigo anglicano...

"estoy escribiendo en el cuarto inmediato a la Capilla —es una bendición tan incomprensible tener a Cristo corporalmente presente en la propia casa, entre sus paredes, que absorbe todos los de-

más privilegios...Saber que Él está bien cerca- poder una y otra vez durante el día ir a visitar - Lo..."¹⁹...

no está subrayando tan sólo un punto devocional o espiritual. También le está diciendo algo muy significativo en materia de objetividad y realidad. Pues fue esta presencia concreta en un tabernáculo material, que sobre todo lo demás le produjo a Newman "la honda impresión de religión como un hecho objetivo", lo que más lo impactó en el catolicismo –incluso más que su disciplina o su fervor– por ejemplo. En aquellos primeros tiempos admiraba "por todas partes los signos de un sistema sagrado y real". Además, objetividad y realidad significaban también efectividad: comparado con el anglicanismo, el catolicismo, en lugar de ser "una vaga generalidad" o "una mera idea", lo impactó como "una religión práctica". Reconocía que si previamente no se hubiese "mantenido distante de los católicos por un sentido del deber" y en cambio "los hubiese conocido personalmente, al igual que su religión", se hubiese "expuesto a una serie de influencias en su favor, de las cuales, de hecho", se "había privado"²⁰. En otras palabras: en el caso de Newman el descubrimiento del catolicismo fue más consecuencia que causa de su conversión.

"Una religión real"

Al llegar a Italia casi un año después de hacerse católico, Newman se dio cuenta, de inmediato y vívidamente, de una realidad que golpeó con fuerza en su conciencia, pero que le había pasado inadvertida en su previa visita. No bien llegó a Milán advirtió una nueva razón para preferir la arquitectura clásica a la gótica, dada que su simplicidad implicaba que el altar mayor se elevara como punto focal de la iglesia, lo cual significaba que la reserva sacramental tenía particular prominencia –pues "nada se mueve allí sino la lejana y parpadeante lámpara que indica la Presencia de nuestra Vida Inmortal, escondida pero siempre actuando". Su casi obsesiva referencia a la "Presencia Real" va más allá de lo devocional: "Realmente es más que maravilloso ver esta Divina Presencia irradiando hacia las calles desde las distintas iglesias... Yo no supe lo que era la adoración, un hecho objetivo, hasta ingresar en la Iglesia Católica."²¹ Porque lo que Newman había descubierto era



que la objetividad de la adoración que tanto lo impresionara —más que cualquier otro de la adoración— reflejaba tan sólo la objetividad del Catolicismo, religión de una especie muy distinta, entonces, al anglicanismo o al protestantismo. Ahora descubría encantado “una religión real —no una mera opinión que uno no sabe si la comparte el vecino de al lado, sino un credo y un culto externos objetivos sustantivos”.²²

A ello se vinculaba, además, el descubrimiento de una religión eminentemente práctica: en lugar de ser algo muy distinto y alejado del mundo ordinario, el catolicismo, a pesar de todas sus pretensiones sobrenaturales —desde su viaje por el Mediterráneo siempre le pareció mucho más espiritual que la Iglesia de Inglaterra— aparecía paradójicamente como un asunto mucho más sólido:

*“Una catedral católica es una especie de mundo, en el que cada cual se ocupa de su propio asunto, un asunto religioso empero: adoran solos o en grupos —arrodillados o de pie— algunos ante santuarios, otros ante altares —oyen Misa y comulgan— ríos de adoradores que se interceptan y pasan unos a otros— altar tras altar alumbrados para la adoración, como estrellas en el firmamento —una campana que anuncia lo que sucede en otra parte que uno no ve—, y todo el tiempo los canónigos yendo al coro para maitines o laudes, y al final la bendición con el incienso desde el altar mayor...por último, todo ello sin el menor esfuerzo ni ostentación, sino del modo al que cada uno está habituado —cada uno en su propia tarea, y sin molestar la del otro.”*²³

La fascinación de Newman por el Santísimo Sacramento refleja asimismo su célebre distinción filosófica entre lo nocional y lo real: mientras las nociones son abstracciones intelectuales, la realidad es aquello que experimentamos personalmente en su apropiada forma concreta. Newman insiste que el catolicismo, por más dogmático que sea, no es exactamente una religión de dogmas puesto que los católicos no adoran definiciones teológicas sino “al propio Cristo, tal como es representado en los Evangelios en su concreta existencia”. Por lo tanto, es para asistir y posibilitar la adoración a Cristo en persona que el pan consagrado es reservado en lugar prominente en las iglesias católicas: “¿Acaso no creemos en la Presencia en el sagrado Tabernáculo, no como una forma de palabras, ni una noción, sino como un objeto tan real como nosotros somos reales?”²⁴

Catolicismo y Potestantismo

Una parte importante de la apologética de Newman estriba en tratar de mostrar cuán distinta forma de religión es el Catolicismo del Protestantismo —y no que el protestantismo, vista desde la perspectiva católica— sea una mera forma truncada de catolicismo, ni que el catolicismo, desde la perspectiva protestante, sea protestantismo más un agregado mayor o menor de indeseables aditamentos o corrupciones. A alguien que lo interrogara le escribió: “No oculto que el Catolicismo es una *religión diferente* al anglicanismo”. Y le explica que, para el converso, el cristianismo deja de ser algo que se vivencia privadamente en su corazón o que se construye en su mente a partir de la lectura de la Biblia; ahora es una realidad que existe independientemente del yo subjetivo y que a uno lo envuelve, de modo que...

*...“la Redención de Cristo no es algo distante, ni como el sol que está ante nosotros y separado de nosotros, sino...estamos rodeados por una atmósfera y estamos en un medio a través del cual su color y su luz nos llegan de todos lados...”*²⁵

Para Newman, esta realidad de Cristo se experimenta no sólo a través de la reserva sacramental, sino también de todo el conjunto de sacramentos y sacramentales, así como de los crucifijos, estatuas y cuadros que rodean al que adora en una iglesia católica. Y la autoridad decisiva para lo que creemos no es ya cada uno sino la Iglesia: “*Advierta la enorme diferencia entre creer en una autoridad viviente, que no yerra por ser divina, en cuestiones de doctrina, y no creer en ninguna; —entre creer lo que define una autoridad externa, y creer lo que a uno se le ocurre definir que está contenido en la Escritura.*”

Por ello, Newman nunca confió en lo más mínimo en una reunión entre la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia de Roma.

“Estoy convencido, es un engaño suponer que la diferencia entre los católicos y los anglicanos es que unos creen un poco más y los otros un poco menos, y que entonces podrían unirse. Las religiones nunca pueden unirse...porque obran sobre ideas diferentes; y si en algunos aspectos exteriores se parecen, o tienen doctrinas en común, empero el modo en que se sostienen, y la estructura interna en conjunto en ambas religiones es diferente; por lo cual incluso lo que tenía la persona antes de ser católica, al ser injertado en un



Cena de Emaús, Caravaggio (detalle)

nuevo tronco, se vuelve nuevo, y es como un judío hecho católico " 26

Por más exageración que pueda haber en este rígido análisis, Newman nunca cambió sustancialmente de opinión posteriormente.

II

Lectures on the Present Position of Catholics in England

Todo el proceso, posterior a su conversión, de descubrimiento del catolicismo, no sólo tuvo un sentido teológico pues, como hemos visto por sus cartas, comprometió poderosamente la imaginación de Newman. Proveyó ciertamente mucho estímulo creativo para la producción del período más abiertamente literario de su vida, cuando deliberadamente se abstuvo de hacer teología y en cambio se dedicó a la apologética católica en forma de novela y sátira. El libro que él siempre consideró entre los suyos como "mejor escrito" 27 (aunque lamentablemente iba a ser uno de los menos leídos) fue *Lectures on the Present Position of Catholics In England* 28, publicado en 1851. Contiene algunos de los mejores pasajes de prosa satírica en lengua inglesa, a lo Swift por su imaginación salvaje, y por la vena grotesca a lo Dickens, a cuyo satírico retrato de Mr Podsnap en *Our Mutual Friend* (1865) se anticipa Newman en un glorioso pasaje sobre el chauvinismo de John Bull 29. La publicación de esas conferencias fue un mo-

mento significativo en la historia cultural de Inglaterra, dado que por primera vez desde la Reforma un escritor de genio se oponía abiertamente al triunfalismo de la tradición "no Papista" que había conquistado la imaginación popular.

Hay un pasaje que vale la pena citar completo pues según Newman evoca la atmósfera enteramente extraña de una iglesia católica tal como le choca a un observador protestante.

"Una vez visita una capilla católica, o más bien encuentra casualmente abierta la puerta y la traspone. Entra y contempla a su alrededor, con mezclados sentimientos de admiración, expectativa y disgusto; y de acuerdo con las circunstancias, predomina uno u otro sentimiento, y se refleja en su aspecto y continente. En un hombre hay curiosidad; en otro, mofa; en otro consciente superioridad; en otro, repulsión; sin embargo, sobre todos estos rostros hay una especie de sentimiento incómodo, como si estuviesen en la cueva de Trophos o en la sala de lectura de un mesmerista. Todos y cada uno parecen creer que algo extraño y temible pueda ocurrirles en cualquier momento; y avanzan juntos, como siguiendo una gran ceremonia, de puntillas y espiando, y haciendo gestos raros, como las gárgolas y ornamentos de la propia iglesia. A cada campanada, a cada movimiento de las velas, a cada cambio en el grupo de ministros y asistentes, se movilizan para ver lo que viene después; y a nosotros lo que nos alivia es pensar que ellos ignoran realmente lo que está pasando y se pierden las distintas partes del rito. Empero, lo que a nosotros nos conforta será para ellos la base de su acusación, pues saldrán y contarán que nuestro culto consiste en signos, inclinaciones, genuflexiones, incensamientos, locomociones y volteretas, todo sin sentido." 30

Parte de la incomprensión protestante proviene simplemente de su ignorancia de lo que está pasando; pero Newman piensa que hay una razón más honda en su extrañeza, que más tiene que ver con la esencia del culto que con su significado. Para él la comprensión es imposible porque el culto católico, esencialmente dramático en su acción litúrgica, resulta inconmensurable con el culto protestante que es una religión de la palabra. En las iglesias protestantes se leen, dicen y cantan palabras, acompañadas con un mínimo de acción; en

las iglesias católicas las palabras acompañan las acciones litúrgicas y sacramentales. Lejos de pensar que el culto católico consiste en meras acciones sin significado, a Newman le impactó que las acciones hablan con más fuerza que las palabras.

“Aquella Iglesia que realmente vive y respira”

Siendo anglicano, Newman había escrito “la vida es para la acción”³¹. Pero también había insistido que “la vida” era una característica de la Iglesia; y en su período tractariano le había preocupado mostrar que la iglesia de Inglaterra contenía un “principio viviente”, visión que parecía sustentarse en la extraordinaria “floración de vida escondida” que suscitó el Movimiento de Oxford y que a él le parecía “la mayor característica de Catolicidad de nuestra Iglesia”³². Por eso, una iglesia viviente habría de caracterizarse por una vida de acción. En los albores del Movimiento él había contrastado “aquel fresco y vigoroso Poder de... las primeras centurias y “el gozoso ímpetu de su avance” con la “inactiva perplejidad” de la Iglesia de Inglaterra³³. La acción significa vida, y fue acción lo que Newman encontró en el catolicismo —incluso en su culto. Ya no era cuestión de decir palabras, sucedían cosas. El estudiante que protagoniza *Perder y ganar* reflexiona: “¿Por qué sólo un clérigo puede rezar oraciones en la iglesia? ¿Por qué yo no puedo?” Descubre que no hay respuesta a tal pregunta, a menos que el clérigo sea concebido como un sacerdote, único a quien le compete realizar ciertas acciones sacramentales, como sucede en “aquella Iglesia que realmente respira y vive.”³⁴

En *Difficulties felt by Anglicans*, serie de conferencias que precedió a *Present Positions of Catholics* en 1850 y en las cuales se trataba de persuadir a los Anglo-católicos a seguirlo, Newman describe la diferencia entre la fe de los protestantes y la de los católicos arguyendo que la primera recoge opiniones religiosas mientras que para la segunda los objetos a creer son hechos:

“Así como en Inglaterra la comunidad en conjunto, sea cual sea el estado moral de los individuos, sabe sobre ferrocarriles y telégrafos; y sobre la Corte, los gobernantes y los procesos del Parlamento; y sobre las controversias religiosas, y los asuntos extranjeros, y sobre todo cuanto sucede en torno y más allá: así también en un país ca-

tólico las ideas de cielo e infierno, Cristo y los espíritus malignos, santos, ángeles, almas del purgatorio, gracia, el Santísimo Sacramento, el sacrificio de la Misa, absolución, indulgencias, la virtud de las reliquias, de las imágenes sagradas, del agua bendita y de otras cosas sagradas, son hechos que todos, buenos y malos, jóvenes y viejos, ricos y pobres, dan por sentados. Son hechos que ellos internalizan por la fe”.

Como prueba, Newman aduce que si alguien fuera a “poner un gran crucifijo en Charing Cross, la policía pensaría sencillamente que está loco.”³⁵

Pero la fe que ve las cosas o los hechos podría no ir acompañada por un estado moral apropiado, según lo explica gráficamente Newman con una vívida escena que ejemplifica asimismo el tipo de actividad y movimiento que lo impresionó tanto en las iglesias católicas:

“Usted entra en una de esas iglesias en ocasión de una festividad y mira un confesionario. Los penitentes que se agolpan en la fila no parecen avergonzados ni solemnes ni recelosos por el trámite que van a realizar; en un momento dado, al retirarse un penitente de la reja, una atrevida mujerona que estaba a distancia se lanza hacia el lugar que ha quedado vacío para gran decepción de los muchos otros que estaban esperando antes que ella. A usted casi se le escapa un gruñido al imaginar que un alma tan egoísta como ella por cierto no puede estar en buena disposición para un sacramento tan venerable. Usted mira al sacerdote, y ve en su rostro una mirada casi impaciente, y piensa que los sacerdotes no son mejores que la gente... Hay una viejita que primero se arrodi-lla ante el Santísimo Sacramento y luego le saca el pañuelo a su vecino, o el libro para rezar... Adora y roba; se arrodilla porque cree, roba porque le falta amor...”

“Las cosas que no admiten abuso tienen poca vida”

Newman continúa describiendo la festividad que tiene lugar afuera de la iglesia calculando escandalizar las susceptibilidades protestantes. No sólo por la superstición popular y la corrupción:

“Al salir y mezclarse con la turba ociosa y disipada, usted se topa con un hombre vestido de peregrino vendiendo falsas reliquias y un círculo de crédulos compradores ávidos....

...sino también por la extraordinaria mezcla de lo religioso y lo mundano. Los gremios de la ciudad participan en una representación sobre la creación, pero...

"el sumum de la exhibición es un despliegue de fuegos artificiales al final. '¡Qué profano!', clama usted. Sí, profano para usted...profano para un pueblo que cree a medias, pero no profano para quienes creen del todo a pesar de ser pecadores.... Mientras contemplan y beben con sus ojos la exhibición, ellos están haciendo un continuo e intenso acto de fe." ³⁶

Esta intensidad, para Newman, no tiene nada que ver con la seriedad del protestantismo, el cual, al "reformular" el catolicismo, ha cortado la religión del resto de la vida ordinaria y la ha convertido en algo especial y separado del vivir cotidiano. A su modo de ver, el alivio de encontrar la religión reintegrada en la vida compensa con creces las corrupciones que él cree inevitables en una religión viviente: "Las cosas que no admiten abuso tienen poca vida" ³⁷.

Cuando era anglicano, Newman sentía que los sacerdotes católicos no tenían la "pomposidad" del clero de la iglesia establecida ³⁸. No se le había ocurrido entonces que no se podía esperar que una religión popular, con notorias vulgaridades, poseyera la pomposidad típica del anglicanismo que (a diferencia del metodismo) nunca fue una religión popular, salvo en su fase anglo-católica (posterior al tractarianismo) cuando llegó a las barriadas de las ciudades industriales.

En el catolicismo Newman descubrió vida, y también era evidente que los creyentes se dirigían activamente a una realidad objetiva y externa tanto en las devociones populares como en la escondida contemplación de los claustros.. Trata de mostrarlo en el pasaje que sigue a la anterior descripción:

"De regreso, atravesando un barrio retirado, echa usted una mirada a esas sagradas ventanas... Reclusión, silencio, observancia, meditación, es la vida de esos adoradores, día y noche. Ante sus ojos tienen siempre al immaculado Cordero de Dios o, al menos, los invisibles misterios de la fe se corporizan ante su contemplación mental." ³⁹

Newman puntualiza una última conclusión. Pues si "la fe imprime en la mente verdades sobrenaturales como si fueran visiones", luego "la fe de este hombre y de este otro es una y la misma, y crea una y la misma impresión". Esto significa que la fe no es asunto privado y subjetivo:

"Justo al revés que entre los protestantes para quienes el juicio privado crea tan sólo opiniones, y nada más; opiniones peculiares de cada individuo, distintas entre sí. Esto hace que cada uno se guarde para sí sus sentimientos, pues declararlas pro-vocaría en otros irritación o ridículo."

"La prisión del yo"

Hemos de volver a esta idea de que el Catolicismo lo libera a uno de la prisión del "yo"; pero mientras tanto vale la pena notar el interesante vínculo que Newman establece entre la naturaleza incierta que es inherente a una religión en la cual uno es la última autoridad, y la cualidad de "pomposidad":

"Además, como ellos no tienen certeza de las doctrinas que profesan, casi no sienten que deban creerlas, y tratando de creerlas dan lugar a producciones de su razón que sacan a pasear, como a los niños enfermizos, sólo en días de buen tiempo. Se sienten completamente claros y seguros mientras están tranquilos, pero apenas vuelven la cabeza o cambian de postura, las visiones de lo Invisible se les desvanecen como un espejismo. De modo que reservan la exhibición de su fe para ciertos días y grandes ocasiones en que sale a relucir con suficiente pompa, grave lenguaje y formas ceremoniosas. ¡Espacio y temblorosas van saliendo las verdades con los textos de la Escritura, como incapaces de andar solas. Sobre todo los protestantes saben cómo ha de ser la voz, el gesto, el tono... A ello lo llaman reverencia... pero es... manierismo. Condenan a los católicos... por ser naturales, no afectados, llanos... cuando mencionan las cosas sagradas..., ya que ellos sólo se sienten auténticos cuando son especialmente solemnes." ⁴⁰

Newman se está refiriendo específicamente a la famosa "voz parroquial" del clero anglicano, no solo reservada a la iglesia sino que también delataba su status social. En el siglo XIX el clérigo anglicano era un "gentleman", que por su clase y educación se distinguía de la mayoría de la congregación.

"Ésta es una religión popular"

En *Perder y ganar: historia de un converso*, la primera novela de Newman publicada en 1848, el

protagonista exclama, al visitar por primera vez una iglesia católica: "Esta es una religión popular." Habiendo creído siempre que el culto católico era esencialmente "formal y externo" —también cosa clerical debido a la liturgia en latín— Charles Reding queda pasmado al descubrir que "incluye indiscriminadamente todas las clases sociales". Podría suponerse que la lengua vernácula de la liturgia anglicana debiera hacerla más accesible, pero Reding constata que la católica "parecían comprenderla todos aunque fuera en latín".

*"Charles tenía la sensación de no haber visto dar culto jamás hasta esos momentos, tan absorbidos estaban, tan intensa era la devoción de los fieles. Le llamó particularmente la atención que, mientras en la Iglesia de Inglaterra los clérigos o el órgano lo eran todo y el pueblo no era nada —cuanto más, lo que el clérigo representaba—, aquí las cosas eran justamente lo contrario. El sacerdote casi no hablaba, o por lo menos no se le oía; pero los fieles allí reunidos eran como un único instrumento, vastísimo, una especie de panarmonium que —esto era lo más sorprendente— tenía vida propia. No parecían necesitar a nadie que les diera la entrada o que dirigiera la ceremonia."*⁴¹

"En la Iglesia Católica la idea de culto es distinta....pues, en verdad, son religiones diferentes"

Tras hacerse católico Newman no solo destacó la "fe simple, natural y no afectada" del clero católico⁴², sino también el hecho de que no se le requiriese una educación liberal en la universidad sino más bien un entrenamiento profesional para el sacerdocio, que en cierto modo era también una profesión⁴³. Muy distinto era el típico clérigo de la Iglesia Anglicana que había recibido una educación clásica pero habitualmente sólo muy rudimentaria formación teológica —al menos hasta la segunda mitad del siglo XIX en que se fundaron colegios teológicos anglicanos. A diferencia del sacerdote católico con su definida función sacramental, y a diferencia del ministro disidente con su ministerio de predicador, el clérigo anglicano parecía más un amateur que un profesional —o sea, un gentleman. Su tarea más característica era leer los servicios en el Prayer Book, mas no era claro por qué él y sólo él podía hacerlo. Cuando Charles Reding se hace esta pregunta en

la novela, se dirige a otro personaje que alude a una declaración sarcástica de Jeremy Bentham:

*"¿Por qué enviar a alguien tres o cuatro años a la Universidad a tanto costo, para qué enseñarle latín y griego, para leer lo que cualquiera podría haber aprendido a leer en una escuela de señoritas? ¿Cuál es el valor de la lectura de un clérigo?"*⁴⁴

Dickens puntualiza lo mismo en *Great Expectations* en su cómico sketch de Mr Wopsle, clérigo que se jactaba de su voz pero a quien le faltaban la cuna y la educación requeridas para llegar a ser un gentleman y así poder leer y apreciar la bella prosa del Prayer Book... En cambio, como lo hace notar Willis, el converso de *Perder y ganar*, "en la Iglesia Católica la idea de culto es distinta....pues, en verdad, son religiones diferentes". El culto católico no consiste esencialmente en recitar palabras:

"No me canso de ir a Misa: no es una mera forma de palabras, —es una gran acción, la mayor acción que hay sobre la tierra. No es meramente una invocación, mas (si me atrevo a usar la palabra), la evocación del Eterno. En el altar se hace presente en carne y sangre Aquél ante quien se inclinan los ángeles y tiemblan los demonios."

Una religión verbal, cerebral, requiere educación e inteligencia; la Misa, por el contrario, es un drama centrado en un hecho que es igualmente accesible a todos:

*"Cada uno en su lugar, con su propio corazón, su propio querer, sus propios pensamientos, sus propias intenciones, sus propias plegarias, se parados pero concordes, atendiendo lo que pasa y va progresando, uniéndose en su consumación: —no siguiendo penosa y desesperadamente una difícil forma de oración desde el principio al fin, si no como instrumentos musicales en un concierto: diferentes pero concurriendo en una dulce armonía..."*⁴⁵

Aparte el entusiasmo del recién convertido, Newman puntualiza aquí algo importante: la naturaleza esencialmente igualitaria de la liturgia, que depende de la acción sacramental y no de una "difícil forma de oración" que requiere concentración "del principio al fin" —clara referencia a la prosa medida y solemne del Prayer Book.

Al final de la novela, Reding presencia la bendición con el Santísimo Sacramento:

"Una nube de incienso se elevaba a lo alto. De pronto los fieles inclinaron la cabeza en una reverencia profunda. ¿Qué pasaba, qué era aquello? Dulcemente y con temblor cayó en la cuenta: ¡el Santísimo Sacramento!, era el Señor Encarnado, allí, en el altar, que venía a visitar y a bendecir a su pueblo. Era la Gran Presencia que convierte la Iglesia Católica en un lugar infinitamente distinto a cualquier otro en este mundo..." ⁴⁶

"La realidad objetiva del Catolicismo"

En el último capítulo volvemos a encontrar a Charles Reding, tras haber sido recibido en la Iglesia Católica, orando ante el Sacramento reservado en el sagrario. Y así la novela termina en este tema, fuertemente autobiográfico, de la realidad objetiva del catolicismo.

Ahora bien, Newman sin duda está reaccionando contra algo más que el inevitable subjetivismo que pudo haber visto en el anglicanismo o en el protestantismo. Fue el que vivió tras su primera conversión en 1816 el que le dejó un horror duradero por la introspección religiosa. Newman sintió apasionadamente que la insistencia sobre la sola justificación por la fe implicaba convertir la religión en una cuestión de sentimientos: "En lugar de mirar a Cristo, y pensar menos en nosotros mismos, ...se trataba de...examinar el corazón en vistas de asegurarse su estado espiritual". "El error inherente" de tal doctrina consiste "en la necesidad de una continua autocontemplación y referencia al yo":

"Quien se proponga lograr una sana doctrina o una recta práctica ha de mirar afuera; en cambio, en la búsqueda de un cierto marco espiritual se da habitualmente una acción refleja sobre la propia mente...porque, como si no bastara mirar simplemente a Cristo para salvarse, se declara necesario reconocer esto en uno mismo..." ⁴⁷

La consecuencia de esta teología de la justificación es, para Newman, una introspección psicológica y espiritual:

"en los tres últimos siglos ha surgido un sistema doctrinal en el cual se considera la fe o el estado espiritual como el fin de la religión, en lugar de Cristo...Y así la religión llega a consistir en autocontemplarse en lugar de contemplar a Cristo; no basta mirar a Cristo solamente, tenemos que ase-

gurarnos de que lo miramos, no en Su Divinidad o en su Expiación, sino en nuestra conversión y fe en dichas verdades." ⁴⁸

La descripción de la conversión de Callista, heroína de su segunda novela (1856), permite calibrar hasta qué punto lo afectó a Newman esa aguda sensación de auto-encarcelamiento. Esto se ve en la consideración decisiva que lleva a la pagana Callista a la fe. El sacerdote le explica que el infierno no es sino la eterna cárcel del yo desconectado de Dios:

"Tu seguirás viviendo...seguirás siendo tú...Serás tú misma, encerrada en ti misma. Sé de personas confinadas en soledad que han llegado a volverse locas."

(Igualmente, cuando Juba se ve poseído por el espíritu maligno, oye que éste le grita: "¡No podrás escapar de ti mismo!"). La felicidad depende entonces de que haya objetos afuera pues "el alma siempre necesita reposar en objetos externos a ella". Y si ordinariamente la humana afectividad requiere que existan otras personas, así también los seres humanos tienen "necesidades, deseos, aspiraciones religiosas, lo cual pide un objeto, e implica de por sí también que ese objeto existe". Y así Callista, en la medida en que, respondiendo "a todas sus necesidades y aspiraciones", se ve más y más empujada al cristianismo, éste "se le vuelve cada vez más real y substancial". ⁴⁹

En uno de los mejores sermones de su época anglicana, 'El Pensamiento de Dios, descanso del alma' (1837), Newman sostiene que una de las razones por las cuales únicamente Dios constituye la felicidad de las almas es que

"contemplantlo a Él, sin más, permite abrir y aliviar la mente, liberar...nuestros afectos...Las cosas creadas no pueden abrirnos...sólo la presencia de su Autor...puede liberar el corazón entero con todos sus pensamientos y sentimientos..."

Al "Sólo Él es bastante para el corazón por Él hecho", de San Agustín, Newman le agrega que sólo Dios puede liberar el corazón humano de la prisión del yo: "Si se le retira el objeto en que reposa, caerá de nuevo en su estado de confinamiento y estrechez". "Nuestros corazones reclaman alivio... no pueden continuar autofagocitándose; hace falta escapar del yo hacia algo más allá." ⁵⁰

Sería erróneo empero atribuir todas estas preocupaciones al Evangelismo. El subjetivismo

es típico del Romanticismo, y el hecho de que el propio Newman considere los elementos personales y experienciales que obran en el razonamiento humano puede atribuirse a un movimiento más amplio por salir del objetivismo racionalista del Iluminismo. Pero así como ve que el camino de la mera lógica es un callejón sin salida, así también siente el peligro de convertir las proposiciones de la religión en meras expresiones de actitud, emoción e imaginación. Si bien no cabe enfatizar demasiado la significación del juicio individual al referirse a la mente humana, por otra parte es importante no transferir (como Schleiermacher) todo el conocimiento fáctico a la ciencia ni abandonar los reclamos de verdad que hay en la religión.

Así pues, el subjetivismo que en el pensamiento de Newman cobra un énfasis tan pronunciado, ha de ser purificado del subjetivismo egocéntrico que amenaza tanto a la objetividad como a la realidad. Newman temía quedar prisionero de los propios sentimientos y pensamientos cuando estaba en la Iglesia Anglicana. Para su sorpresa y deleite, el Catolicismo le brindó la llave para salir de la prisión del yo. Y así, tratar de dar curso imaginativo a esta constación es uno de los rasgos prominentes de sus escritos de la época posterior a su conversión, cuando estaba descubriendo el catolicismo.

(traducción de Inés de Cassagne)

NOTAS:

1. *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, ed. Charles Stephen Dessain (London: Nelson, 1961-72; Oxford Clarendon Press, 1973-) XXIII, 288. En adelante citado como LD.
2. LD V, 124.
3. Carta a H.E. Manning, 16 nov. 1844, cit. Ian Ker, *John Henry Newman: a Biography*, Oxford, Clarendon Press, 1988, 293. En adelante citdo como Ker.
4. *Apologia pro vita sua*, ed. Martin J. Svaglic (Oxford, Clarendon Press, 1967, 176. En adelante citada como *Apo*. Ver también Ker, 254.
5. LD XI, 131.
6. *Apo*. 41, 58-9. Aquí cito la traducción castellana de García Ruiz y Morales Marín, Madrid, Encuentro, 1996, p. 79.
7. LD III, 227, 230-2, 240-1.
8. LD III, 258.
9. LD III, 265.
10. LD III, 268.
11. LD III, 273-4, 227.
12. LD III, 277.
13. LD III, 289.
14. *Apo*., 43.
15. *Verses on Various Occasions*, 153.
16. *Certain Difficulties felt by Anglican in Catholic Teaching*, I, 171, 379; II, 24. En adelante: *Diff*.
17. LD XXIV, 125.
18. LD XI, 131.
19. LD XI, 129.
20. LD XI, 65, 102; XII, 336; XI, 146.
21. LD XI, 252-3.
22. LD XI, 168.
23. LD XI, 253.
24. *Discussions and Arguments on Various Subjects*, 388. En adelante: *DA*.
25. LD XII, 224.
26. LD XII, 234.
27. LD XXVI, 115.
28. Conferencias sobre la posición actual de los católicos en Inglaterra.
29. Ver Ker, 364-72.
30. *Present Position of Catholics in England*, 253. En adelante: *Prepos*.
31. *DA*, 295.
32. *Essays Critical and Historical*, I, 313, 333-4; II, 53.
33. *Apo*, 40.
34. *Loss and Gain: the story of a convert*, 28. En adelante: LG. En castellano *Perder y ganar*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1994.
35. *Diff*., I, 276, 283.
36. *Diff*., I, 284-7.
37. *Diff*., II, 89.
38. Letter to F. Rogers, 10-1-1841, cit. Ker, 191.
39. *Diff*., I, 288.
40. *Diff*., I, 289-90.
41. LG 426-27; ed. castellana: p. 351.
42. LD XIV, 322.
43. LD XXVIII, 5.
44. LG., 28.
45. LG. 327-9.
46. LG 427 (ed. castellana: 352).
47. *Parochial and Plain Sermons*, II, 171 (PS).
48. *Lectures on the Doctrine of Justification*, 330.
49. *Callista*, 219-20, 263, 292. Ver Ker, *Healing the Wound of Humanity: the spirituality of John Henry Newman* (London: Darton, Longman and Todd, 1993), 10-22.
50. PS V, 316, 318, 324.

Meditations on Christian Doctrine, V, VI y XIII

Meditaciones sobre el Misterio Pascual:

Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo

V. EL PODER DE LA CRUZ

1. OH DIOS MIO, ¿QUIÉN PUDIERA HABER imaginado, merced a alguna luz de la naturaleza, que era una de tus atribuciones anonadarte, y triunfar en tus propósitos mediante tu propia humillación y sufrimiento? Tú habías vivido desde la eternidad en inefable felicidad. Dios mío, podría yo haber entendido tanto como que, cuando comenzaste a crear y rodearte de un mundo de creaturas, se mostrarían en Ti atributos que antes no tenían en qué emplearse. No podías mostrar tu poder cuando nada había sobre lo cual ejercerlo. También entonces comenzaste a mostrar tu providencia tierna y maravillosa, tu fidelidad, tu solícito cuidado por aquellos a quienes habías creado. Pero ¿quién podía haber imaginado que tu creación del universo implicaría e involucraría en ella tu humillación? ¡Oh mi gran Dios, Tú te has humillado, te has inclinado para tomar nuestra carne y sangre, y has sido levantado sobre el madero! Te alabo y glorifico diez veces más, porque has mostrado tu poder mediante tu sufrimiento, que si hubieras realizado tu obra sin éste. Es digno de tu infinitud sobrepasar y trascender así todos nuestros pensamientos.

2. OH MI SEÑOR JESUS, CREO, Y POR TU gracia creeré y sostendré siempre, y sé que es verdad, y será verdad hasta el fin del mundo, que nada grande se hace sin sufrimiento, sin humillación, y que todas las cosas son posibles merced a ello. Creo, oh Dios mío, que la pobreza es mejor que las riquezas, el dolor mejor que el placer, la oscuridad y el desprecio que el renombre, y la ignominia y el vituperio que el honor. Mi Señor, no

te pido que cargues sobre mí estas pruebas, porque no sé si podría enfrentarlas; pero al menos, oh Señor, esté yo en prosperidad o adversidad, creeré que es como he dicho. Nunca tendré fe en la riqueza, posición, poder, o reputación. Nunca pondré mi corazón en el éxito mundano ni en las mundanas conveniencias. Nunca anhelaré lo que los hombres llaman las recompensas de la vida. Siempre tendré en mucho, con tu gracia, a quienes son despreciados o postergados, honraré al pobre, reverenciaré al que sufre, y admiraré y veneraré a tus santos y confesores, y me alinearé con ellos en el menosprecio del mundo.

3. Y FINALMENTE, MI AMADO SEÑOR, aunque soy tan débil que no soy capaz de pedirte el sufrimiento como un don, y no tengo la fuerza para hacerlo, imploraré al menos de tu gracia enfrentar bien el sufrimiento, cuando Tú en tu amor y sabiduría me lo impongas. Que cuando venga sobrelleve el dolor, el vituperio, el desaliento, la calumnia, la ansiedad, la incertidumbre como Tú lo quieras, oh Jesús mío, y como Tú con tu propio sufrimiento me has enseñado. Y prometo también, con tu gracia, que nunca me ensalzaré, nunca buscaré la preeminencia, nunca solicitaré grandeza alguna del mundo, nunca me preferiré a los otros. Deseo soportar mansamente el insulto, y devolver bien por mal. Deseo humillarme en todas las cosas, callar cuando soy maltratado, y ser paciente cuando la pena o el dolor se prolonguen, y todo por amor a Ti, y tu Cruz, sabiendo que en este camino ganaré lo prometido para esta vida y la próxima.

VI. LA RESURRECCION

I. Los templos del Espíritu Santo

TE ADORO, OH VERBO ETERNO, POR TU graciosa condescendencia en asumir no solamente una naturaleza creada, un espíritu o alma creada, sino un cuerpo material. El Altísimo decretó que por siempre jamás se sujetaría a una prisión creada. Aquel quien desde la eternidad no era sino inabarcable Espíritu infinito, allende todas las leyes salvo las de su propia grandeza trascendente, decretó que para la eternidad por venir estaría unido, en la más íntima de las uniones, con lo que se hallaba bajo las condiciones de una creatura. Tu omnipotencia, oh Señor, siempre está resguardada –pero nada menos que esa omnipotencia podía permitirte condescender así sin mengua de poder. Tu cuerpo tiene parte en tu poder, más bien que Tú parte en su debilidad. Fue por esta razón, Dios mío, que no pudiste sino levantarte nuevamente, si ibas a morir –porque Tu Cuerpo, una vez asumido por Ti, nunca podría separarse de Ti, ni siquiera en la tumba. Aun entonces era Tu Cuerpo, no podía ver la corrupción; no podía permanecer bajo el poder de la muerte, porque Tú ya lo habías hecho maravillosamente tuyo, y todo lo Tuyo debe durar en su perfección para siempre. Adoro tu Sacratísimo Cuerpo, ¡oh mi amado Jesús, el instrumento de nuestra redención!

2. TE MIRO, MI SEÑOR JESUS, Y PIENSO EN tu Sacratísimo Cuerpo, y lo tengo frente a mí como la prenda de mi propia resurrección. Aunque yo muera, como ciertamente moriré, no obstante no moriré para siempre, porque me levantaré nuevamente. Mi señor, los paganos que no te conocían pensaban que el cuerpo era de una naturaleza mísera y despreciable –lo consideraban la sede, la causa, la excusa de todo mal moral. Cuando sus pensamientos se remontaban lo más alto, y pensaban en una vida futura, consideraban que la destrucción del cuerpo era la condición de esa existencia más elevada. Que el cuerpo fuera real-

mente parte de ellos mismos y que su restauración pudiera ser un privilegio, estaba más allá de su extrema imaginación. Y en verdad, ¡qué mente de hombre, oh Señor, podría haber soñado sin tu revelación que aquello que, conforme a nuestra experiencia, es tan vil, tan degradado, tan animal, tan pecaminoso, que constituye nuestra hermandad con las bestias, que está lleno de corrupción y se vuelve polvo y cenizas, era en su misma naturaleza capaz de tan alto destino! ¡Que podría tornarse celestial e inmortal, sin dejar de ser un cuerpo! ¡Y quién sino Tú, que eres omnipotente, podría haberlo hecho! No es de extrañar entonces que los sabios del mundo, que no creyeron en Ti, se burlaran de la resurrección. Pero yo, por tu gracia, tendré siempre presente cuán de otro modo me has enseñado. ¡Oh, el mejor, el primero y el más veraz de los maestros! Oh, Tú, que eres la Verdad: yo sé, y creo con todo mi corazón, que esta misma carne mía se levantará de nuevo. Yo sé que, ruin y abominable como es ahora, un día, si soy merecedor, será levantada incorruptible y para siempre bella y gloriosa. Esto yo lo sé; esto, merced a tu gracia, tendré siempre presente.

3. OH MI DIOS, ENSÉÑAME A VIVIR COMO quien cree en la grande dignidad, en la grande santidad de esta estructura material en la que Tú me has alojado. Y por tanto, oh mi amado Salvador, llegue tan frecuente y devotamente a ser partícipe de tu Cuerpo y Sangre, que merced a tu propia santidad inefable pueda yo ser hecho sagrado. Oh mi Señor Jesús, yo sé que está escrito que nuestros cuerpos son los templos del Espíritu Santo. ¡No he de venerar aquello que Tú milagrosamente alimentas y que el Espíritu, par tuyo, inhabita! ¡Oh Dios Mío, que fuiste clavado en la Cruz, confige timore tuo carnes meas –“traspasa mi carne con tu temor”; crucifica mi alma y cuerpo en todo lo que en ellos es pecaminoso, y hazme puro como Tú eres puro.

II. Dios solo

“Tomás le dijo: «Señor mío y Dios mío»”

1. TE ADORO, DIOS MIO, CON TOMAS: y si como él he pecado de incredulidad, te adoro más. Te adoro como al Único Adorable. Te adoro como más glorioso en tu humillación, cuando los hombres te despreciaron, que cuando los ángeles te adoraron. Deus meus et omnia –“Mi Dios y mi

todo”. Tenerte es tener todo lo que puedo tener. Oh Eterno padre Mío, dátame a Ti mismo. No osaría una súplica tan audaz, hubiera sido presunción, a menos que Tú me alentaras. Tú la has puesto en mi boca, Tú te has revestido en mi naturaleza, Tú te has hecho mi hermano, Tú has

muerto como mueren los otros hombres, sólo que en mucha mayor amargura, para que, en lugar de verte temeroso desde lejos, pueda confiadamente acercarme a Ti. Tú me hablas como le hablaste a Tomás; y me mandas que te tome. Mi Dios y mi todo, ¡qué podría decir más que esto, si hablara por toda la eternidad! Estoy pleno, reboso y me desbordo, cuando te tengo; pero sin Ti soy nada —me seco, me disuelvo y perezco. Señor mío y Dios mío, mi Dios y mi todo, dame a Ti mismo y nada más.

2. TOMAS SE ACERCO Y TOCO TUS sagradas heridas. Oh, ¿vendrá el día cuando pueda real y visiblemente besarlas? ¡Qué día será ese, cuando esté yo totalmente limpio de toda impureza y pecado, y sea capaz de acercarme a mi Dios Encarnado en su alto palacio de luz! Qué mañana, cuando habiendo concluido todo mi sufrimiento purificador, te vea por la primera vez con estos mis mismos ojos, vea tu semblante, contemple tus graciosos ojos y labios sin acobardarme, y me arrodele entonces con júbilo para besar tus pies, y sea bienvenido entre tus brazos. Oh mi único verdadero amante, el único amante de mi alma, a

Ti te amo ahora, que pueda entonces amarte. Qué día, un largo día sin fin, el día de la eternidad, cuando seré tan distinto de lo que soy ahora, cuando siento en mí un cuerpo de muerte, y estoy perplejo y distraído con diez mil pensamientos, cada uno de los cuales me apartaría del cielo. ¡Oh Señor mío, cuando haya terminado para siempre con todos los pecados, veniales como mortales, y reste perfecto y aceptable a tu vista, capaz de soportar tu presencia, sin apartarme de tu mirada, sin apartarme del puro escrutinio de ángeles y arcángeles, cuando esté de pie en el centro y ellos a mi alrededor!

3. OH DIOS MIO, AUNQUE NO SOY CAPAZ aún de verte ni de tocarte, estaré siempre a tu alcance, y desearé lo que todavía no me es dado en su plenitud. ¡Oh mi Salvador, Tú serás mi único Dios! No tendré otro Señor sino Tú. Destrozaré todos los ídolos en mi corazón que puedan ser tus rivales. No tendré nada sino Jesús y Jesús crucificado. Mi vida será rezar a Ti, ofrecerte a Ti, tenerme frente a mí, adorarte en tu santo sacrificio, y entregarme a Ti en la Santa Comunión.

III. La paciencia de Jesús

*"Videte manus meas, etc. Habetis aliquid quod manducetur?"
(Mirad mis manos, etc. ¿Tenéis algo para comer?)*

1. TE ADORO, MI SEÑOR, POR TU maravillosa paciencia y tu misericordiosa y compasiva condescendencia. Tus discípulos, pese a todas tus enseñanzas y milagros, descreyeron de Ti cuando te vieron morir, y huyeron. Tampoco se reanimaron después, ni pensaron en tu promesa de resucitar al tercer día. No creyeron a Magdalena, ni a las otras mujeres, que dijeron haberte visto nuevamente vivo. Y aun Tú te les apareciste, les mostraste tus heridas, les dejaste tocarte, comiste ante ellos, y les diste tu paz. Oh Jesús, ¿hay obstinación alguna demasiado grande para tu amor? ¿Algún número de caídas y reincidencias puede desvanecer la fidelidad y constancia de tu compasión? Tú perdonas no sólo siete veces, sino setenta veces siete. Multitud de aguas no pueden apagar un amor como el tuyo. Y así eres Tú sobre toda la tierra, aun hasta el fin —perdonando, concediendo, soportando, esperando, aunque los pecadores están siempre provocándote; compadeciéndote y considerando su ignorancia, visitando a todos los hombres, todos enemigos tuyos, con los

suaves requerimientos de tu gracia, día tras día, año tras año, hasta la hora de su muerte porque El sabe de qué estamos hechos; El sabe que no somos sino polvo.

2. ¡DIOS MIO, LO QUE HAS HECHO POR MÍ! Los hombres dicen de Ti, oh mi único Dios, que tus juicios son severos, y tus castigos excesivos. Todo lo que puedo decir es que no encuentro que sea así en mi caso. Que otros hablen por ellos, y Tú los encontrarás y subyugarás para su propia confusión en el día de la rendición de cuentas. Nada tengo que hacer allí —Tú las castigarás con ellos—, pero mi única experiencia es tus tratos conmigo, y aquí soy testigo, en cuanto sé tan cierto y siento tan íntimamente que para mí no has tenido sino paciencia y misericordia. ¡Oh, cómo perdonas mi constante rebelión contra Ti! Una y otra vez me ayudas. Caigo, y sin embargo Tú no me abandonas. A pesar de todos mis pecados, todavía me amas, me colmas de dones, me confortas, me envuelves con bendiciones, me sostienes, y

me apoyas. Yo lastimo tu buena gracia, y todavía me das más. Yo te insulto, y Tú nunca te das por ofendido, sino que eres tan dulce como si no tuviera yo nada que explicar, de qué arrepentirme, que enmendar –como si fuera yo tu amigo mejor, más fiel, más firme y leal. ¡Ay de mí! Llego alguna vez a abusar de tu amor, tanto semeja soltura e indulgencia, aunque debería temerte. Lo confieso, oh mi verdadero Salvador, ¡cada día no es sino un nuevo recordatorio de tu incansable, invencible amor!

3. ¡OH DIOS MIO, SOPORTAME PESE A todo –carga conmigo a pesar de mi indocilidad, perversidad, e ingratitud! Progreso muy lentamente, pe-

ro en verdad me voy encaminando hacia el cielo, o al menos quiero encaminarme. Te pongo ante mí, vil pecador como soy, y estoy de veras luchando para salvar mi alma. Dame tiempo para ordenar mis pensamientos, y hacer un buen esfuerzo. Declaro que abandonaré esta indolencia y tibieza –me desprenderé de este ánimo sombrío, de esta melancolía y tiniebla –me levantaré, y estaré alegre, y caminaré en tu luz. No tendré esperanza ni gozo sino Tú. Dame solamente tu gracia –encuéntrame con tu gracia, haré con tu gracia lo que pueda –y Tú lo perfeccionarás por mí. Tendré entonces días felices en tu presencia, en la contemplación y adoración de tus cinco Sagradas Llagas.

XIII. LA ASCENSION

I. “El ascendió”

1. MI SEÑOR, TE SIGO HASTA EL CIELO; cuando te elevas, mi corazón y mi mente van contigo. No hubo triunfo como éste. Apareciste como un niño, en carne humana, en Belén. Esa carne, tomada de la Bienaventurada Virgen, no existía antes que la formarás en un cuerpo; fue una nueva obra de tus manos. Y tu alma era totalmente nueva, creada por tu omnipotencia, en el momento en que entraste en su sagrado seno. Esa alma y cuerpo puros, asumidos por ti como vestimenta, tuvieron comienzo en la tierra, y no habían estado jamás en otra parte. Este es el triunfo. La tierra se eleva al cielo. Te veo ascendiendo. Veo esa forma que pendía de la cruz, esas manos y pies con cicatrices, el costado herido; están subiendo al cielo. Y los ángeles están plenos de júbilo; las miríadas de espíritus benditos, que pueblan el espacio glorioso, se dividen como las aguas para dejarte paso. Y el pavimento viviente de los palacios de Dios se parte en dos, y los querubines con espadas de fuego, que forman la muralla del cielo contra el hombre caído, ceden el paso y se abren, para que Tú puedas entrar, y tus santos detrás de Ti. ¡Oh día memorable!

lia humana, esta corona de su magna obra. Era el triunfo del hombre redimido. Es el acabamiento de su redención. Era el último acto, que lo aseguraba todo, porque ahora el hombre está realmente en el cielo. El ha entrado en posesión de su herencia. La raza pecadora tiene ahora uno de sus propios hijos allí, su propia carne y sangre, en la persona del Hijo Eterno. ¡Qué matrimonio maravilloso entre el cielo y la tierra! Comenzó en el dolor; pero ahora el largo parto de ese misterioso día de bodas ha concluido; ha comenzado la fiesta de bodas; matrimonio y nacimiento han marchado juntos; el hombre nace de nuevo cuando Emmanuel entra en el cielo.

3. ¡OH EMMANUEL, OH DIOS EN NUESTRA carne! Nosotros también esperamos, por tu gracia, seguirte. Nos aferraremos a los bordes de tu veste, mientras asciendes; porque sin Ti no podemos ascender. ¡Oh Emmanuel, qué día de gozo cuando entremos en el cielo! Oh éxtasis indecible, después de toda pena! No hay nadie fuerte sino Tú. Tenuisti manum dexteram meam: et in voluntate tua deduxisti me, et cum gloria suscepisti me. Quid enim mihi est in caelo, et a Te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meum; Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum. –“Tú me sostuviste por mi mano derecha; y por tu voluntad me has conducido, y con tu gloria me has recibido. Pues ¿qué tengo en el cielo? Y además de Ti ¿qué deseo sobre la tierra? Por Ti mi carne y mi corazón se han desvanecido: Tú eres el Dios de mi corazón, y el Dios que es mi parte para siempre.”

II. Ascendit in coelum "Ascendió a los cielos"

1. MI SEÑOR HA SUBIDO AL CIELO. TE adoro, Hijo de María, Jesús Emmanuel, mi Dios y mi Salvador. Se me permite adorarte, mi Salvador y mi propio Hermano, porque Tú eres Dios. Te sigo en mis pensamientos, oh Tú, Primicias de nuestra raza, como espero un día por tu gracia seguirte en mi persona. Ir al cielo es ir a Dios. Dios está allí y Dios solo: pues la perfecta bienaventuranza está allí y nada más, y nadie puede ser bienaventurado si no es bañado y escondido y absorbido en la gloria de la Naturaleza Divina. Todas las creaturas santas no son sino la vestidura del Altísimo, la que se ha puesto para siempre, y que brilla con su luz increada. Hay muchas cosas en la tierra, y cada una es su propio centro, pero un nombre solo se nombra en lo alto. Es Dios solo. Esta es esa verdadera vida sobrenatural; y si yo viviera una vida sobrenatural en la tierra, y alcanzara la eterna vida sobrenatural que está en el cielo, tendría una sola cosa que hacer, esto es vivir en el pensamiento de Dios aquí. Enséñame esto, oh Dios; dame tu gracia sobrenatural para practicarlo; tener mi razón, afectos, intenciones, aspiraciones, todas penetradas y poseídas por el amor de Ti, sumergidas y anegadas en la única visión de Ti.

2. ARRIBA NO HAY SINO UN NOMBRE Y un Pensamiento: hay muchos pensamientos abajo. Esta es la vida terrenal, que lleva a la muerte, esto es seguir los innumerables objetos y aspiraciones y afanes y diversiones que los hombres persiguen en la tierra. Aun el bien que hay aquí abajo no lleva al cielo; se malogra en las arrastras; muere en el usarse; no tiene sostén, ni integridad, ni consistencia. Se

precipita en mal antes de haber cesado, antes de haber comenzado a ser bien. Es en el mejor de los casos vanidad, cuando no es algo peor. Tiene comúnmente en sí las semillas del pecado verdadero. Dios mío, reconozco todo esto. Mi Señor Jesús, confieso y conozco que solo Tú eres el Veraz, el Hermoso, y el Bueno. Tú solo puedes volverme brillante y glorioso, y puedes llevarme hacia lo alto tras de Ti. Tú eres el camino, la verdad, y la vida, y nadie sino Tú. La tierra nunca me llevará al cielo. Tú solo eres el Camino; Tú solo.

3. DIOS MIO, ¿DUDARÉ POR UN MOMENTO dónde está mi sendero? No te tomaré a Ti inmediatamente por mi parte de la herencia? ¿A quién iría? Tú tienes las palabras de Vida Eterna. Tú descendiste por el exacto propósito de hacer lo que aquí abajo nadie podía hacer por mí. Nadie sino Aquel que está en el cielo puede llevarme al cielo. ¿Qué fuerza tengo yo para escalar la alta montaña? Aunque siempre he servido tan bien al mundo, aunque cumplí en el mundo mi deber (como dicen los hombres), ¿qué podría el mundo hacer por mí, por mucho que se empeñara? Aunque haya cubierto bien mi puesto, hecho bien a mis semejantes, tuviera un buen nombre y una extendida reputación, aunque hubiera llevado a cabo grandes hechos y fuera celebrado, aunque tuviera la alabanza de la historia, ¿cómo podría todo esto conducirme al cielo? Te elijo a Ti como mi Unica Dote, porque Tú vives y no mueres. Arrojo todos mis ídolos. Me entrego a Ti. Te ruego que me enseñes, me guíes, me prepares, y me recibas para Ti.

III. Nuestro Abogado en lo Alto

1. TE ADORO, OH MI SEÑOR, COMO es máximamente debido, porque te has ido al cielo para tomar allí mi parte y defender mis intereses. Tengo Uno que me defiende frente al Señor de todo. En la tierra tratamos de ponernos bajo la protección de hombres poderosos cuando tenemos entre manos algún asunto importante; conocemos el valor de su influencia, y tenemos en mucho cualquier promesa que nos hacen. Tú eres omnipotente, y ejerces tu omnipotencia en mi favor. Hay millones de hombres en el mundo: Tú has muerto por todos ellos; pero Tú vives para tu pueblo, al que has elegido de entre el mundo. Y

aún más maravillosamente Tú vives para tus predestinados. Tú los has grabado sobre las palmas de tus manos; sus nombres están siempre ante Ti. Llevas cuenta de su nómina completa; los conoces de memoria; Tú preparas la corona del mundo para ellos; y, cuando su número haya sido completado, el mundo acabará.

2. EN CUANTO A MI, TU ME HAS ELEGIDO por gracia presente —y así me has puesto en el camino de la gloria futura. Sé perfectamente bien que, cualesquiera sean tus secretos designios para mí, será simple, total y verdaderamente mi propia

culpa si no estoy escrito en tu libro. No puedo comprenderte; puedo comprenderme a mí mismo lo suficiente para saber y estar seguro de esto. Tú me has colocado en una posición tan ventajosa que el premio está casi en mis manos. Si estoy al presente en la sociedad de los ángeles y los santos, es difícil que no simpatice con ellos para que la camaradería iniciada pueda perdurar. Los hombres del mundo saben cómo manejar oportunidades tales en sus propios negocios. Si Tú me has dado por Madre a María, que, oh Dios mío, es la tuya, ¿no puedo ahora fundar, como si dijéramos, un interés familiar en ella, de modo que no me abandone al final? Si tengo el derecho de rogar y el don de impetración, ¿no puedo por tanto asegurar esa perseverancia hasta el fin, que no puedo merecer, y que es el signo y la seguridad de mi predestinación? Tengo en mis manos todos los medios de lo que no tengo, y puedo infaliblemente obtener, aun cuando no pueda asegurarlo con certeza.

3. OH SEÑOR MIO, ME HUNDO CASI EN desesperación, en total remordimiento por cierto y en hastío de mí mismo, porque desprecio tan completamente estos medios que Tú has puesto en mis manos, satisfecho con dejar a las cosas seguir su curso, como si la gracia fuera a llevarme infaliblemente a la gloria sin que yo me preocupe por el asunto. ¿Qué te diré, oh Salvador mío, excepto que me hallo en las cadenas del hábito, débil, impotente, raquítico, atrofiado, y como si hubiera sido pensado para caminar por la vida, como las criaturas inferiores, con mi rostro hacia la tierra, sobre manos y pies, o arrastrándome, en lugar de tener una postura erecta y un rostro dirigido al cielo? Oh, dame lo que necesito —contrición por todos esos infinitamente numerosos pecados veniales, negligencias, descuidos, que son los más seguros impedimentos para ser de tus predestinados. ¿Quién puede salvarme de mí mismo sino Tú?

IV. Nuestro Abogado en lo Alto

1. ¡NO PUEDO PENETRAR TUS SECRETOS decretos, oh Señor! Sé que has muerto por todos los hombres en verdad; pero puesto que no has dispuesto efectivamente la salvación de todos, y puesto que podrías haberlo hecho, es cierto que haces por uno lo que no haces por otro. No puedo decir cuál ha sido tu propósito eterno para mí, pero si me atengo a todos los signos que me prodigaste, puedo esperar ser uno de aquellos cuyos nombres están escritos en tu libro. Pero esto sé y siento íntegramente, lo que creo para el caso de todos los hombres, pero sé y siento en mi propio caso, que si no alcanzo esa corona que veo y está a mi alcance, es totalmente por mi propia culpa. Tú me has circundado desde la niñez con tus mercedes; Tú te has tomado tantos trabajos conmigo como si yo fuera importante para Ti, y mi perder el cielo fuera tu perderme. Tú me has guiado mediante diez mil misericordiosas provisiones; me has traído cerca tuyo en el más íntimo de los modos; Tú me has introducido en tu casa y en tu cámara; me has alimentado contigo mismo. ¿No me amas? ¿Real, verdadera, sustancial, eficazmente me amas, sin ninguna limitación del mundo? Yo lo sé. Tengo la convicción total. Estás siempre esperando hacerme beneficios, derramar bendiciones sobre mí. Estás siempre esperándome que te pida que seas misericorde conmigo.

2. SI, MI SEÑOR. TU DESEAS QUE YO TE PIDA; estás siempre aguardando mi voz. No hay nada que no pueda obtener de Ti. Oh, confieso mi

horrible desprecio de este gran privilegio. Soy totalmente culpable. He malbaratado el más alto de los dones, el poder de mover la Omnipotencia. ¡Qué débil soy al pedirte por mis propias necesidades! ¡Qué poco he pensado en las necesidades de otros! ¡Qué poco he puesto frente a Ti las necesidades del mundo —de tu Iglesia! ¡Qué poco te he pedido por gracias circunstanciadas! ¡Y por ayuda en necesidades cotidianas! ¡Qué poco he intercedido por personas concretas! ¡Qué poco he acompañado acciones y emprendimientos, buenos en sí mismos, con súplicas por tu guía y bendición!

3. OH MI SEÑOR JESUS, APROVECHARÉ EL tiempo. Será muy tarde para pedir, cuando la vida se acabe. No hay oración en la tumba, no hay merecimientos en el Purgatorio. Bajo como parezco a tu sagrada vista, soy fuerte en Ti, fuerte mediante tu Madre Inmaculada, mediante tus santos: y puedo así hacer mucho por la Iglesia, por el mundo, por todos los que amo. ¡Que no caiga la sangre de las almas sobre mi cabeza! Que no siga mi propio camino sin pensar en Ti. Que todo lo ponga ante Ti, pidiendo tu venia para todo lo que me proponga, tu bendición para todo lo que haga. No me moveré sin Ti. Levantaré siempre mi corazón hacia Ti. Nunca olvidaré que Tú eres mi Abogado ante el trono del Altísimo. Como el reloj de sol habla del astro, así seré regido por Ti, si Tú me llevas y gobiernas. Que así sea, mi Señor Jesús. Me entrego totalmente a Ti. ✠

Sermón y meditación

Este sermón es hermano de otro titulado "La inmortalidad del alma" de 1833, y es como su continuación y conclusión. No lo traducimos en *Newmaniana* porque ya lo está en un libro publicado recientemente por el Padre Morales, bajo el título "Esperando a Cristo" (Ediciones Rialp).

Individualidad del alma es otro nombre para su inmortalidad. El descubrimiento de que Dios es amor lleva a descubrir la responsabilidad personal de cada uno ante Dios. Luego lleva a descubrir que no podemos amarlo a Su manera sin amar a todos los que El ama como El los ama en Su Hijo único.

El hombre no está hecho solo para la vida inmortal sino para una inmortalidad que es una participación en la vida eterna de Dios. Este es el privilegio para ser reconocido en cada hombre, como si toda la humanidad fuese reducida a cada individualidad humana.

No es la cuestión abstracta de la distinción metafísica entre cuerpo y alma que Newman tiene en mente. Lo que entiende por inmortalidad (o individualidad) del alma es que el hombre está destinado no a una vida sin fin solamente, sino a una vida con Dios. En este sentido la inmortalidad del alma es plenamente un concepto bíblico.

Nadie ha intentado como Newman mostrar que no podemos amar a Dios como El quiere ser amado sin amar, con El, todas las cosas y especialmente aquellas personas que El ama. Pero es, por contraste, solo hace más profunda la falacia de amar el mundo en vez de Dios, del modo que es corriente hacer hoy.

"Yo y mi Creador", como dice también en la Apología, no significa ninguna clase de piadoso egoísmo. Significa que la raíz del problema humano, como tiene que ser resuelta solitariamente por cada uno, está en establecer nuestra relación con Dios que nos ha hecho a su imagen.

Hay dos posibilidades: o agarrarse al mundo que vemos como si fuera la única realidad, solo para descubrir más tarde que era como un espectáculo vacío, o ir a través de él como un velo que a la vez señala y esconde la presencia invisible de Dios.

El nexo entre este mundo y el otro es la presencia del Salvador.

Según el P. Bouyer, Newman usa en este sermón por vez primera a pleno el conmovedor poder de la "imaginación", en el sentido dado a la palabra por Coleridge, siguiendo a Schelling, para quienes la "imaginación", en oposición a la mera "fantasía", es propiamente creadora. Por ello es la verdadera alma de la poesía. Más exactamente, la imaginación poética es llevada por un misterioso instinto, expresado por el poeta griego citado por San Pablo ("venimos de la raza de Dios") o por Wordsworth, contemporáneo a Newman ("arrastrando nubes de gloria venimos de Dios"). Así, la imaginación poética siente y despierta una clase de presentimiento de "la expectación de toda la creación". Esto significa, para San Pablo, lo que aún no ha sido manifestado pero será la revelación de los hijos de Dios que somos, cuando, como dice San Juan, "le veremos tal cual es".

Nuestro ser no tiene sentido si no es comprendiendo el hecho de que está hecho para el encuentro con Dios. Dios es personal y nosotros llegamos ser personas según su propia imagen.

Newman insiste en el valor de cada alma, de cada persona. Pone ejemplos varios. Se refiere a las personas que ya han vivido como a las que aún viven. A la historia: ...ellos viven aún. Existen dos posibilidades de eternidad, de inmortalidad, la salvación o la condenación. La fe que esto nos hace ver, es, por tanto, cuestión de vida e incumbe a todo hombre.

LA INDIVIDUALIDAD DEL ALMA

Plain and Parochial Sermons IV, 6
predicado en St. Mary de Oxford el 27 de marzo de 1836

*“El espíritu vuelva a Dios que es quien lo dió”
(Eclesiastés 12,7)*

Se nos dice aquí que después de la muerte el espíritu del hombre retorna a Dios. El autor sagrado no está hablando solamente de hombres buenos, o de gente elegida de Dios, sino de los hombres en general. Es el caso de todos los hombres, que el alma separada del cuerpo retorne a Dios. El la dió, Él la hizo, Él la envió al cuerpo, y El la sostiene allí. La sostiene en una existencia distinta allí donde esté. Ella anima el cuerpo mientras dura la vida, y regresa nuevamente, recae en el estado invisible después de la muerte.

Contemplemos serenamente esta verdad, en la cual a primera vista podemos creer entrar del todo. El punto a considerar es éste: que cada alma humana que está o ha estado en la tierra, tiene una existencia separada, y ello en la eternidad, no meramente en el tiempo, —en el mundo invisible, no solo en este— no solo durante su vida mortal sino siempre desde la hora de su creación, unida al cuerpo carnal o no.

Nada es más difícil que darse cuenta que cada hombre tiene un alma distinta, que cada uno de los millones que viven o han vivido es un ser íntegro e independiente en sí mismo, como si no hubiera nadie más en todo el mundo aparte de él. Para explicar lo que quiero decir, ¿pensáis que un comandante de ejército se da cuenta de ello cuando envía un cuerpo de hombres a algún servicio peligroso? No estoy hablando como si hubiera estado mal en enviarlos, sólo pregunto de hecho: ¿pensáis que entiende comúnmente que cada uno de esos pobres hombres tiene un alma, tan querida para sí, tan preciosa en su naturaleza, como la suya propia? ¿O no mira más bien colectivamente sobre el cuerpo de hombres, como una masa, como partes de un todo, como las ruedas o resortes de alguna gran máquina, a la cual asigna la individualidad, no a cada alma que la integra?

Este ejemplo muestra lo que quiero decir, y qué expuestos estamos a la observación de que no comprendemos la doctrina de la distinta individualidad del alma humana. Clasificamos los

hombres en masas, como podríamos reunir las piedras de un edificio. Considerad nuestra manera común en relación a la historia, la política, el comercio, y cosas por el estilo, y reconoceréis que digo la verdad. Nosotros generalizamos, dictamos leyes, y luego contemplamos estas creaciones de nuestras mentes, y actuamos desde y hacia ellas, como si fueran las cosas reales, abandonando las que son verdaderamente tales.

Tomemos otro ejemplo: cuando hablamos de la grandeza nacional, ¿qué significa? Bueno, significa realmente que un cierto número definido de seres individuales inmortales están en situación de actuar juntos y unos sobre otros por unos pocos años, de tal manera de ser capaces de actuar sobre el mundo en general, de obtener una ascendencia sobre el mundo, de ganar poder y riqueza, y parecer como si fueran uno, y que se hable de ellos y se los mire como uno. Parecen ser una cosa única por un corto tiempo, y nosotros, por el hábito de vivir por lo que vemos, nos referimos a ellos como uno, y abandonamos la noción de que puedan ser otra cosa. Y cuando éste muere, y aquél muere, olvidamos que es el paso al estado invisible de seres inmortales separados, que el todo que aparece no es sino apariencia, y que las partes componentes son las realidades. No, no pensamos nada de esto. Aún cuando nuevos hombres mueren y mueren y otros nacen y nacen, de modo que la totalidad está cambiando siempre, olvidamos a los que se han ido y somos insensibles con los que se añaden, y seguimos pensando que este todo que llamamos la nación es uno y el mismo, y que los individuos que van y vienen existen solo en él y para él, y no son más que granos de un pila u hojas de un árbol.

Otro ejemplo: examinemos alguna ciudad populosa. La muchedumbre se derrama por las calles, algunos a pie, otros en carruajes, mientras los negocios están llenos, y las casas también, si pudiéramos ver dentro de ellas. Cada parte de la ciudad está llena de vida. De aquí tenemos una

idea general de esplendor, magnificencia, opulencia y energía. ¿Pero cuál es la verdad? Pues que cada ser en esa gran concurrencia es su propio centro, y todas las cosas a su alrededor son sombras, una "sombra vana", en la cual "camina y se inquieta en vano". El tiene sus propias esperanzas y temores, deseos, juicios y anhelos. El es todo para sí y ninguna otra cosa es realmente algo. Nadie externo a él puede realmente tocarlo, puede tocar su alma, su inmortalidad. El debe vivir consigo mismo por siempre. Tiene una profundidad insondable dentro suyo, un infinito abismo de existencia, y las escenas en las que toma parte por el momento no es sino un rayo de sol sobre su superficie.

Otro ejemplo: cuando leemos historia, nos encontramos con relatos de grandes matanzas y masacres, pestes, hambres, incendios, etc., y aquí también estamos acostumbrados de modo especial a considerar grupos de gente como unidades individuales. No podemos entender que una multitud es una colección de almas inmortales.

Estoy diciendo almas inmortales cada uno de esas multitudes, no solo tuvo un alma mientras estaba en la tierra, sino que tiene un alma, que retornó a su tiempo al Dios que la dio, y no perece, sino que vive ahora ante El. Todos esos millones y millones de seres humanos que pisaron la tierra y vieron el sol sucesivamente, están todos existiendo en este preciso momento. Pienso que concederéis que no nos damos cuenta debidamente de esto. Todos aquellos cananitas que mataron los hijos de Israel, cada uno de ellos, están en alguna parte del universo, en este momento, donde Dios les ha asignado un lugar. Leemos que "destruyeron totalmente todo lo que había en" Jericó, "jóvenes y viejos", lo mismo que en Ay, donde "el total de lo que cayeron aquel día, hombres y mujeres, fue de doce mil", y Josué tomó Maqedá, Libná, Lakis, Eglón, Hebrón y Debir, y "las pasaron a filo de espada y destruyeron totalmente a todos los seres vivientes que había en ellas" (Jos 6,21 ; 8,25 ; 10,39). Cada una de esas almas vive aún. Tuvieron sus pensamientos y sentimientos propios cuando estaban en la tierra y los tienen ahora. Tuvieron sus aficiones y propósitos, obtuvieron lo que pensaban bueno y lo disfrutaron, y viven aún en alguna u otra parte, y lo que hicieron entonces en la tierra seguramente tiene su influencia sobre su destino actual. Ellos viven, reservados para el día que viene, cuando todas las naciones estén presentes ante Dios.

Pero ¿por qué debo hablar de las naciones dedicadas de Canaán, cuando la Escritura habla de

un juicio más amplio y exhaustivo, y en un lugar parece hacer alusión al estado actual de terrible espera en el que están los que fueron implicados? ¡Qué juicio sobrecogedor fue el Diluvio! Todos los seres humanos de la tierra salvo ocho desaparecieron. Aquel viejo mundo de almas vive aún, aunque su tabernáculo material pereció ahogado. Digo que la Escritura significa esto, oscuramente sin duda, pero, como aparece, ciertamente. San Pedro habla de "espíritus encarcelados", es decir, entonces encarcelados, quienes habían sido "incrédulos, cuando les esperaba la paciencia de Dios en los días en que Noé construía el Arca" (I Pe 3,20). Aquellas muchas, muchísimas almas, que fueron violentamente arrojadas de sus cuerpos por las aguas de la inundación, estaban vivas dos mil años después, cuando San Pedro escribía. Ciertamente están vivas aún.

Y así también pasa con todas las otras multitudes de las que leemos en algún lugar. Todos los judíos que perecieron en el sitio de Jerusalén viven aún. El ejército de Senaquerib vive aún. Senaquerib mismo vive aún. Todos los perseguidores de la Iglesia que existieron están vivos aún. Los reyes de babilonia están vivos aún ; están aún como los describen los Profetas, débiles ahora por cierto, y "bajo el infierno", pero teniendo que dar cuenta y esperando el día del llamado. Todos los que han existido obtuvieron un nombre en el mundo, todos los poderosos hombres de guerra que han habido, todos los hombres de estado, todos los astutos consejeros, todos los intrigantes aspirantes, todos los aventureros temerarios, todos los cobardes traidores, todos los soberbios voluptuosos, están aún vivos, aunque indefensos y sin fruto. Balaam, Saul, Joab, Ajitofel, buenos y malos, sabios e ignorantes, ricos y pobres, cada uno tiene su lugar propio, cada uno habita por sí mismo en esa esfera de luz o de oscuridad que se ha provisto para sí desde aquí. ¡Qué visión irradia esto sobre la historia! Estamos acostumbrados a leerla como un cuento o ficción, y olvidamos que concierne a seres inmortales que no pueden ser suprimidos, que son lo que fueron, aunque esta tierra pueda cambiar.

Y del mismo modo, todos los nombres que vemos escritos en monumentos, en iglesias o en cementerios, todos los escritores cuyos nombres y obras vemos en las bibliotecas, todos los trabajadores que levantaron los grandes edificios, lejos y cerca, que son la maravilla del mundo, todos ellos están en la memoria de Dios, todos ellos viven.

Lo mismo pasa con aquellos que nosotros mismos hemos visto y que han partido. No hablo

ahora de los que hemos conocido y amado. Estos no podemos olvidarlos, no podemos librar nuestra memoria de ellos. Hablo de todos aquellos a quienes alguna vez hemos visto; es verdad también que viven. Dónde no lo sabemos, pero viven realmente. Podemos recordar, quizás, haber visto una vez cuando niños a cierta persona, y es ahora casi como un sueño para nosotros el haberla visto. Parece un accidente que pasa y termina, como alguna creatura del momento que no tuviera existencia más allá. La lluvia cae y el viento sopla, y chaparrones y tormentas no existen más allá del tiempo en que las sentimos, no son nada en sí mismas. Pero si alguna vez hemos visto un hijo de Adán, hemos visto un alma inmortal. No ha pasado como una brisa o la luz del sol, sino que vive, vive en este momento en alguno de esos muchos lugares, de bienaventuranza o de miseria, en los que todas las almas están reservadas hasta el fin.

O también, traigamos a la mente a aquellos que conocimos un poco mejor, pero no íntimamente, todos los que murieron repentinamente o antes de tiempo, todos lo que hemos visto muy saludables y espirituosos, todos los que hemos visto en circunstancias que de ningún modo hacen resaltar sus caracteres propios, y les dieron algún lugar en nuestra memoria. Están fuera de nuestra vista, pero todos ellos aún viven, cada uno con sus propios pensamientos. Están esperando el juicio.

Veremos, pienso, que estos pensamientos sobre otros no nos son familiares, pero nadie puede decir que no son justos. Y yo creo también que los pensamientos concernientes a otros, que nos son familiares, no son aquellos que llegan a ser evangélicos. Mientras que estos que he estado señalando nos hacen tender a pensar menos de este mundo, con sus esperanzas y temores, sus planes, éxitos y goces.

Más aún, cada una de las almas que han estado en la tierra es, como ya he dicho, en uno de los dos estados espirituales, tan distintos el uno del otro que uno es sujeto del favor de Dios y el otro de su ira, uno en el camino de la eterna felicidad y el otro de la eterna miseria. Esto es verdad acerca de los muertos y es verdad acerca de los vivos también. Todos están tendiendo en un sentido o en otro. No hay estado intermedio o neutral para nadie, aunque por la vista de cómo va el mundo exterior parezcan estar todos los hombres en un estado intermedio común a todos y cada uno. Sin embargo, por mucho que los hombres parezcan iguales, y que sea imposible

para nosotros saber la posición de cada uno a la vista de Dios, existen dos y solo dos clases de hombre, que tienen caracteres y destinos tan apartados en su tendencia como la luz y las tinieblas: este es el caso aun de aquellos que están en el cuerpo, y es mucho más verdadero de aquellos que han pasado al estado invisible.

Por supuesto, ningún pensamiento es más sobrecogedor que el referido a cada uno que vive o ha vivido y su destino a la bienaventuranza o al tormento sin fin. Es demasiado vasto para hacerlo real. Pero lo que especialmente acrecienta la confusión de la mente cuando lo intenta, es justamente esta misma cosa de la que he estado hablando: que existen solo estos dos estados, que cada individuo entre nosotros está en uno o en otro, que los estados en lo que individualmente estamos ubicados son inexplicablemente contrarios entre sí, mientras que nosotros nos parecemos tanto el uno al otro. Está por cierto más allá de nuestro entendimiento que todos nosotros debamos vivir ahora juntos como parientes, amigos, asociados, vecinos, que debamos ser familiares o intimar el uno con el otro, que deba haber entre nosotros una relación general, circulación de pensamiento, intercambio de buenos oficios, influencia de una mente sobre otra, de una voluntad sobre otra, de una conducta sobre otra, y que después de todo eso deba haber un abismo sin fondo entre nosotros, que se extiende invisiblemente y nos divide en dos partes. No ciertamente que sea un abismo infranqueable aquí, ¡Dios sea loado!, no infranqueable hasta que pasemos al mundo venidero, pero realmente existente, de modo que cada persona que encontramos está en la mirada infalible de Dios, o en un lado o en el otro, y si fuera Su voluntad llevarlo de aquí enseguida, se encontraría a sí mismo o en el paraíso o en el lugar del tormento. Nuestro Señor observa esto en relación al Día del Juicio: "Dos mujeres que estén moliendo juntas, una será llevada y la otra dejada. Dos hombres que estén en el campo, uno será llevado y el otro dejado" (Mt 24,40).

Lo que hace aún más solemne este pensamiento, es que tenemos razón en suponer que las almas del lado equivocado son más numerosas que las del lado recto. Está mal especular, pero es seguro estar alarmado. Mucho más cuando Cristo dice expresamente: "Muchos son llamados, pocos son elegidos", "Ancha es la senda que lleva a la perdición y muchos son los que caminan por ella", mientras que "es angosta la senda que lleva a la vida, y son pocos los que la encuentran" (Mt 7,13-14).

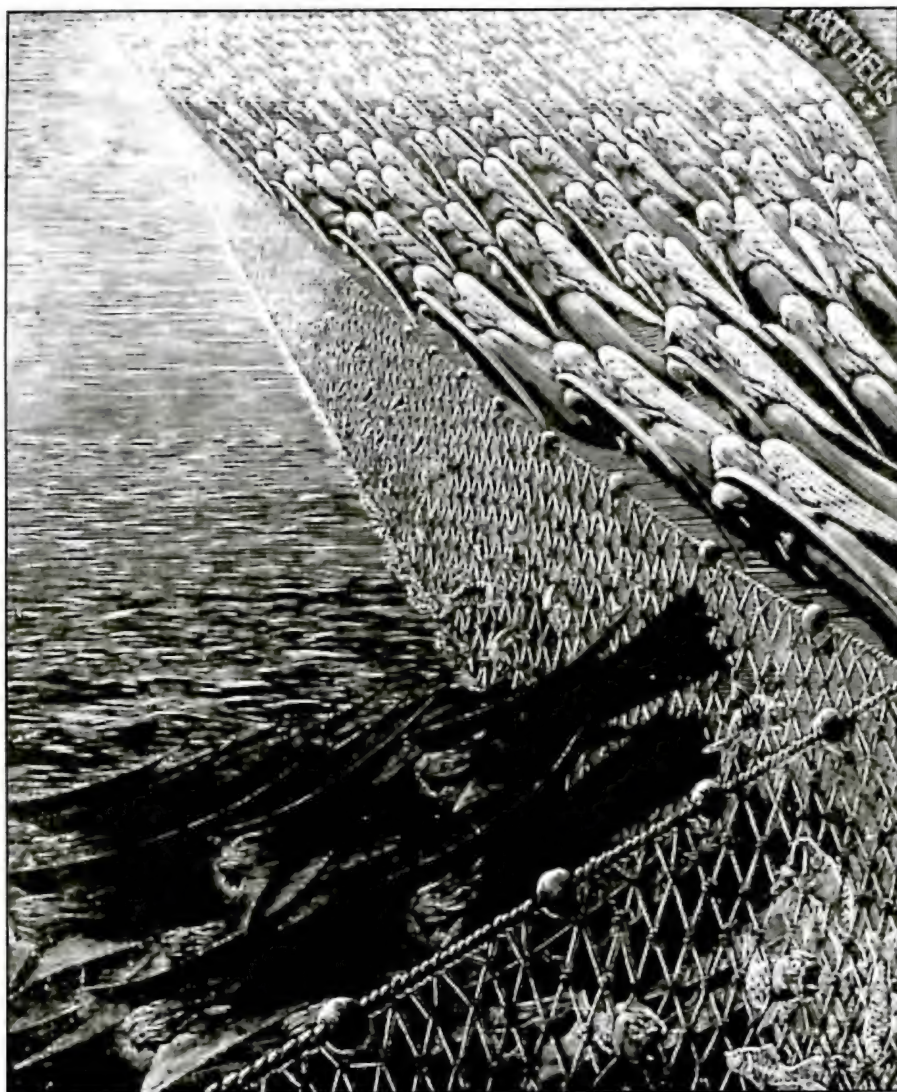


**El Juicio Final, Capilla
Sixtina, Vaticano.
Miguel Angel.**

Si es difícil, entonces, como he dicho que es, darse cuenta de que todos los que alguna vez vivieron aún viven, es tan difícil al menos creer que están en un estado o de eterno descanso o de eterna aflicción, que todos los que hemos conocido y se han ido están, y que nosotros que aún vivimos, si muriéramos ahora, deberíamos enseguida estar en un estado o en el otro. Diré aún más: cuando pensamos seriamente sobre el asunto, es casi imposible comprender, que, no digo un gran número de personas, sino que alguna persona que hayamos visto antes, por más insatisfactoria que hay sido su apariencia, esté realmente bajo el disgusto de Dios y en un estado de reprobación.

¡Tan duro es vivir de la fe! La gente siente que es difícil tener que admitir ciertas otras doc-

trinas de la Iglesia, que son más o menos contrarias a lo que se ve. Por ejemplo, dicen como un argumento en contra de la regeneración en el bautismo, "¿Es posible que todos los que han sido bautizados puedan haber nacido otra vez, considerando la vida que llevan?" Hacen hablar a la evidencia de lo que se ve contra una doctrina que exige su fe. Aun así, después de todo, ¿existe una cosa más sorprendente, más difícil de creer, que el que una persona a quien vemos, por más pecadora que sea su vida, está actualmente bajo la cólera eterna de Dios e incurriría en ella si fuera a morir inmediatamente, e incurrirá a menos que se arrepienta? Esto es lo que no podemos creer. Todo lo que comúnmente concedemos es que ciertas personas están en lo que llamamos "peligro del in-



Parábola de la red echada al mar, (Mt 13, 47-50), xilografía de Víctor Delhez, reproducida en "Los Cuatro Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo", Editorial Kraft, Buenos Aires, 1956.

"Así como se separan los cabritos de los corderos en los campos, así en la red los ángeles separarán cada uno los suyos. Por eso los peces de la línea ascendente se confunden con los ángeles de luz, y los de la línea descendente, con los ángeles de las tinieblas" (de la nota explicativa del presbítero J.R.Sepich)

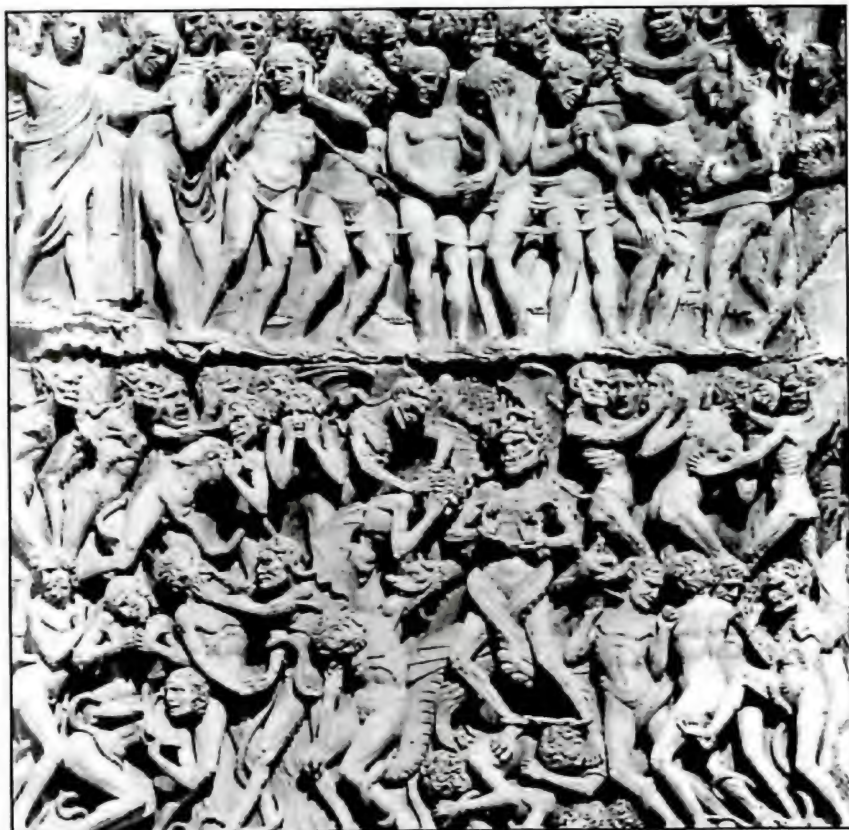
fierno". Ahora bien, si al usar esta frase cautelosa queremos decir meramente que los hombres irreligiosos pueden arrepentirse antes de la muerte, o que los hombres nos pueden parecer irreligiosos cuando no lo son, y entonces que es más seguro hablar de hombres en peligro de la ira de Dios que estando verdaderamente bajo ella, todo anda bien. Pero erramos si queremos negar de ese modo, como es frecuente el caso, que los hombres irreligiosos como tales, pueda el hombre descubrirlos o no, están en este mismo momento, no solo en peligro sino verdaderamente bajo el poder de la cólera divina. Se dice de hombres saludables en un país enfermo que están en peligro de enfermarse, de soldados en la batalla que están en peli-

gro de ser heridos, pero de hombres irreligiosos no solo que están en riesgo, sino que yacen bajo la eterna maldición de Dios. Y cuando vemos un hombre no religioso, alguien que está bajo esta maldición, solo hablamos cuidadosamente como esperando que pueda arrepentirse y sintiendo que podemos estar equivocados. Pero sean los hombres o no lo que parecen, o estén o no cambiando, es cierto que cada uno que muere pasa de inmediato a uno u otro de los dos estados, y si muere no santificado y no reconciliado con Dios, será al estado de eterna miseria.

Cuan poca conciencia tiene el mundo de esto, se ve por la conducta de los amigos que sobreviven después de la pérdida. Si la persona que se fue

ha sido notoriamente un pecador, un borracho confirmado, negligente a los preceptos cristianos, y aunque no haya ninguna razón para suponer ninguna cosa esperanzadora en su mente, se los encontrará generalmente creyendo que se ha ido al cielo, dirán confidentemente que está en paz, que sus dolores han terminado, hablarán de su descanso feliz, y cosas por el estilo. Se extenderán en estos asuntos, cuando su deber consiste en guardar silencio, esperar con temblorosa esperanza y estar resignados. Ahora bien, ¿por qué es que hablan y piensan de esta manera? Aparentemente porque no pueden concebir la posibilidad de que él o ellos deban estar perdidos. Hasta los peores hombres tienen cualidades que granjean simpatías de aquellos que se les aproximan. Tienen afectos humanos de alguna forma u otra. Hasta la bruja de Endor mostró una simpatía y amabilidad hacia su huésped, que nos conmueve. Los sentimientos humanos no pueden existir en el infierno, y no podemos hacernos a la idea de que son sujetos del infierno aquellos que los tienen. Y por esta razón los hombres no pueden admitir la menor posibilidad de otro ser perdido, rechazan la idea, y entonces, cuando un hombre muere, concluyen como la única alternativa, que debe estar en el seno de Abraham. Dicen esto temerariamente, y se agarran de media frase que el difunto dijo durante su enfermedad cuando estaba más quieto o débil, o del alivio con el que murió, para confirmar su creencia.

Y si es difícil creer que hay algunas personas entre nosotros y en este momento en un estado de muerte espiritual, ¿cómo entenderemos, que acaso haya muchas, quizás multitudes? ¿Cómo nos persuadiremos de la gran verdad, a pesar de las apariencias externas, de que la sociedad humana, tal como la hallamos, no es sino una parte del mundo invisible, y que está realmente dividida en dos compañías, los hijos de Dios y los hijos del maligno, que algunas almas están servidos



por los ángeles y otras llevadas cautivas por los demonios, que algunas son "conciudadanos de los santos" y de la invisible "casa de Dios", y otras compañeras de aquellos enemigos de Dios en el tiempo pasado, y que ahora están esperando en prisión el juicio.

¡Qué bendición será si entendemos realmente esto! ¡Qué cambio produciría en nuestros corazones, a menos que estemos totalmente reprobados, entender lo que somos y donde estamos!: seres responsables en el juicio, con Dios por amigo y el demonio por enemigo, avanzando en su camino al cielo o al infierno. Ninguna verdad, aun tan tremenda, aun pensada íntegramente, cambiará la mente, si el amor de Dios y de la santidad no está allí. Pero ninguno entre nosotros, podemos confiar humildemente, está en este estado réprobo. Uno quiere pensar que nadie ha actuado a pesar del Espíritu de gracia, y ha pecado contra la Sangre del Testamento, como para no tener nada de su naturaleza regenerada; que nadie entre nosotros, si cierra sus ojos al mundo exterior y los abre al mundo interior, contemplando su estado y perspectiva reales, y haciendo memoria de su vida pasada, dejará de arrepentirse y enmendarse.

Esforzaos, hermanos, en daros cuenta que tenéis almas, y orad a Dios para que os ayude a lograrlo. Esforzaos por liberar vuestros pensamientos y opiniones de las cosas que se ven. Mirad las cosas como Dios las mira y juzgadlas como El juzga. Pasarán muy pocos años, y experimentaréis verdaderamente lo que todavía estáis llamados a creer. Allí, cuando halláis pasado al estado invisible, no habrá necesidad del esfuerzo de pensamiento al cual os invito. No habrá necesidad de cerrar los ojos a este mundo, porque este mundo se habrá desaparecido y no tendréis nada ante vosotros sino el trono de Dios, y los lentos pero continuos movimientos a su alrededor preparando el juicio. En ese intervalo, cuando estéis en ese vasto recinto de almas desencarnadas, ¡cuáles serán vuestros pensamientos acerca del mundo que habéis dejado!, ¡qué pobre os parecerán sus más altas aspiraciones, cuán pálidos sus más intensos placeres, comparados con las aspiraciones eternas y los placeres infinitos de los que, al fin, sentiréis que vuestras almas son capaces!

O, hermanos míos, dejad que este pensamiento esté en vosotros día tras día, especialmente

cuando estéis tentados a pecar. Evitad el pecado como a una serpiente, que parece y promete algo bueno, pero luego muere. Es terrible en la memoria, terrible aún en la tierra, pero en ese tremendo período, cuando la fiebre de la vida haya pasado, y estéis esperando en silencio el juicio, sin poder distraer con nada vuestros pensamientos, ¿quién puede decir cuán terrible pueda ser la memoria de los pecados cometidos en el cuerpo? Entonces, cuando Cristo os visite de pronto, la misma aprehensión de su castigo, tendrá mil veces más peso que la gratificación que sentisteis en cometerlos. Y de ser así, ¿cuál será la proporción entre eso y el castigo, si después de todo será verdaderamente infligido? Descansemos de corazón en las propias palabras tan misericordiosas de nuestro Señor: "No tengáis miedo", dice, "a los que matan el cuerpo, y después no pueden hacer nada más. Os diré a quién tenéis que temer. Temed a aquél que después de matar, tiene el poder de arrojar a la gehena. Sí, temed a ése".

Introducción y traducción
P. Fernando María Cavaller

Después de leer y meditar este admirable sermón sobre el alma humana, escrito en la época anglicana, podemos pasar a su época católica para meditar también y orar con un texto donde, retomando las ideas principales del sermón (lo cual muestra en Newman, una vez más, la admirable continuidad de pensamiento) el alma misma habla a solas con su Dios, es decir ama a Dios. El texto podrá significar una referencia newmaniana a la consideración que el Papa quiere que hagamos este año a la virtud de la caridad. Recordamos que estas Meditaciones y Devociones son consideradas por los estudiosos de Newman como el paralelo en su vida católica de sus sermones anglicanos, tanto por su estilo como por su teología. Estaban dirigidas a la gente simple que era la mayoría de la feligresía de la parroquia del Oratorio en Birmingham, así como a los muchachos de la Escuela del Oratorio.

DIOS Y EL ALMA

Meditations on Christian Doctrine, III

I

DIOS ES LA BIENAVENTURANZA DEL ALMA

1. ¡Poseerte, O amante de las almas, es la felicidad, y la sola felicidad del alma inmortal! Gozar de tu vista es la única felicidad de la eternidad. Al

presente puedo divertirme y apoyarme en las vanidades de los sentidos y del tiempo, pero no durarán para siempre. Seremos desnudados de ellas cuando salgamos de este mundo. Un día se irán todas las sombras. ¿Y qué haré entonces? Nada me quedará sino Dios Todopoderoso. Si no puedo tener gusto al pensar en El, no hay nadie más en quien tenerlo; Dios y mi alma serán los únicos dos seres que quedarán en todo el mundo, por lo



que a mí se refiere. El será todo en todo, lo quiera yo o no. ¡En qué aprieto estaré entonces si no le amo y no existe nada más para amar, si siento aversión a El y me está siempre mirando!

2. Ah, mi amado Señor, ¿cómo puedo resistir el decir que Tu serás todo en todo, lo quiera yo o no? ¿No debería quererlo con todo mi corazón? ¿Qué me puede dar la felicidad excepto Tú? Si tuviera todos los recursos de tiempo y sentidos a mi alrededor, como ahora, no debería con el correr de las edades, de los años, hastiarme de ellos? ¿Podría ser capaz este mundo, si existiera para siempre, proporcionar alimento a mi alma? ¿Existe alguna cosa terrenal que al final no me hastíe, aun ahora? ¿Aman los hombres viejos lo que aman los jóvenes? ¿No hay constante cambio? Estoy seguro entonces, mi Dios, que llegará el tiempo, aunque pueda tardar en llegar, en que deberé haber agotado todo el gozo que el mundo pueda dar. Tu sólo, mi amado Señor, eres el ali-

mento para la eternidad, Tu sólo. Tú sólo puedes satisfacer el alma del hombre. La eternidad sería miseria sin Ti, aun cuando no infligieras ningún castigo. Verte, mirarte, contemplarte, sólo esto es inagotable. Tú eres por cierto inmutable, aunque en Ti hay siempre más profundidades gloriosas y variados atributos para investigar. Siempre estaremos comenzando como si nunca te hubiéramos contemplado. En Tu presencia hay torrentes de delicia, cuyo gusto nunca se pierde. ¡Esta es mi verdadera herencia, Oh mi Señor, aquí y de ahora en adelante!

3. ¡Mi Dios, qué lejos estoy de actuar de acuerdo a lo que sé tan bien! Lo confieso, mi corazón va detrás de sombras. Amo cualquier cosa más que la comunión contigo. Estoy siempre impaciente por huir de Ti. A menudo encuentro difícil aun decir mis oraciones. Difícilmente haya alguna distracción a la que no me dedique mejor que ponerme a pensar en Ti. ¡Dame Tu gracia, Padre mío, para estar totalmente avergonzado de mi propia reticencia! Despiértame de la pereza y de la frialdad, y hazme desearte con todo mi corazón. Enséñame a amar la meditación, la lectura sagrada y la oración. Enséñame a amar aquello que ocupará mi mente por toda la eternidad.

II.

JESUS CHRISTUS HERI ET HODIE,
IPSE ET IN SAECULA

Jesucristo es el mismo hoy, ayer y para siempre

1. Todas las cosas cambian aquí abajo. Lo digo, Oh Señor, lo creo y lo siento más y más cuanto más vivo. Ante Tus ojos, Señor, el más imponente, todo el futuro de mi vida yace descubierto. Tu conoces exactamente lo que me pasará cada año y cada día hasta mi última hora. Y, aunque no sé lo que Tú ves acerca de mí, sé bien que Tú lees en mi vida una perpetuo cambio. Ni un sólo año me deja como me encontró, sea por dentro o por fuera. Nunca permaneceré alguna vez en un solo estado. ¡Cuántas cosas tienen que pasarme seguramente, inesperadas, súbitas, duras de soportar! No las conozco. No sé cuánto tiempo tengo que vivir. Estoy apurado, lo quiera o no, a través de continuo cambio. Oh mi Dios, ¿en qué puedo confiar? No

hay nada en que me arriesgue a confiar, más aún, de confiar en alguna cosa de la tierra, creo que me sería quitada por esa misma razón. Sé que Tú la quitarías si tuvieras amor por mí.

2. Cualquier cosa inferior a Ti, Oh Señor, es cambiante, pero Tú permaneces. Tú eres siempre uno y el mismo. Siempre el verdadero Dios del hombre, e inmutablemente. Eres el más excepcional, el máspreciado, el sólo bien, y además el más perdurable. Las creaturas cambian, el Creador nunca. Entonces solamente cesará de cambiar la creatura cuando descansa en Ti. Los ángeles Te contemplan y están en paz; por ello tienen felicidad perfecta. Nunca pueden perder su bienaventuranza porque nunca pueden perderte. No tienen ansiedad ni temores porque aman al Creador, no cualquier ser del tiempo y del sentido, sino "Cristo Jesús, el mismo hoy que ayer y para siempre".

3. Mi Señor, mi único Dios, "Deus meus et omnia" [mi Dios y mi todo], no me dejes nunca ir tras las vanidades. "Vanitas vanitatum et omnia vanitas" [vanidad de vanidades y todo vanidad]. Todo es vanidad y sombra aquí abajo. No dejes que le dé mi corazón a nada aquí. Que nada me atraiga sino Tú. Oh guárdame total y enteramente. Guarda en Tus divinas manos este corazón tan frágil y esta cabeza tan débil. Atráeme, mañana, tarde y noche, para consolarme. Sé Tú mi propia Luz brillante, a la que busque como guía y como paz. ¡Haz que te ame, Oh mi Señor Jesús, con puro y ferviente afecto! Que te ame con fervor, pero más grande que aquel con el que los hombres de esta tierra aman a los de esta tierra. Haz que tenga esa ternura y constancia en amarte, que es tan apreciada entre los hombres cuando el objeto es de la tierra. Haz que encuentre y sienta que eres mi único gozo, mi único refugio, mi única fuerza, mi único consuelo, mi única esperanza, mi único temor, mi único amor.

3. ACTO DE AMOR

1. Mi Señor, creo, y sé, y siento, que Tú eres el Supremo Dios. Y al decirlo me refiero a que no solo eres el Supremo Bien y Benevolencia, sino la Belleza soberana y trascendente. Creo que, bella como es Tu creación, es mero polvo y ceniza que no cuenta, comparada contigo, que eres el infinitamente bellísimo Creador. Sé bien que por eso es

que los Ángeles y Santos tienen tal bienaventuranza perfecta, porque te ven. Entrever por un instante Tu verdadera gloria, aun en este mundo, ha arrojado a los hombres santos al éxtasis. Y me doy cuenta de todo esto, en mi propio nivel, porque Tú has asumido misericordiosamente nuestra naturaleza y has llegado a mí como hombre. "Et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti a Patre" - "y vimos Su gloria, la gloria como si fuera la del Unigénito del Padre". Cuanto más medito, Oh mi amado Señor, sobre Tus palabras, obras, acciones y sufrimientos en el Evangelio, más maravillosamente glorioso y hermoso veo que eres.

2. Y por ello, Oh mi amado Señor, pues veo que eres tan hermoso, te amo y deseo amarte más y más. Pues eres la misma Bondad, Belleza y Gloria, en todo el mundo de los seres, y no hay nada como Tú, pues eres infinitamente más glorioso y bueno que la más bella de las creaturas, por eso yo te amo con singular amor, un único, solo y soberano amor. Cualquier cosa, Oh mi Señor, será sombría y apagada para mí, después de mirarte a Ti. No hay nada en la tierra que pueda amar en comparación a Ti. Y perdería lo que fuera antes que perderte a Ti. Porque Tú, Oh mi Señor, eres mi supremo y único Señor y amor.

3. Mi Dios, Tú conoces infinitamente mejor que yo, cuán poco te amo. No te amaría en absoluto si no fuera por Tu gracia. Es Tu gracia que ha abierto los ojos de mi mente, y los ha hecho capaces de ver Tu gloria. Es Tu gracia que ha tocado mi corazón, y ha puesto en él la influencia de lo que es tan maravillosamente bello y bueno. ¿Cómo podré evitar amarte Oh mi Señor, excepto por alguna terrible perversión que me impida mirarte? Oh mi Dios, todo lo que está más cerca de mí que Tú, las cosas de esta tierra, las cosas que me son más naturalmente agradables, interrumpirán seguramente la visión de Ti, a menos que Tu gracia interfiera. Guarda mis ojos, mis oídos, mi corazón, de cualquier miserable tiranía tal. Rompe mis huesos, levanta mi corazón. Mantén todo mi ser fijo en Ti. No dejes que pierda la visión de Ti, y mientras Te miro, haz que mi amor a Ti crezca más y más cada día.

*Introducción y traducción
P. Fernando María Cavaller*

Una carta que es un modelo de crítica

“Don’t be original!”

(“¡No seas original!”)

o La humilde servicialidad del autor eclesiástico

Octubre 29, 1875

*Querida Miss Trench*¹:

Ojalá me fuera más fácil cumplir su encargo de darle mi juicio sobre los méritos literarios de Mr. Keble. No es que me cueste hablar en general acerca de sus dotes como autor, de su saber, de su responsabilidad, de su incesante y perseverante laboriosidad, y del gusto clásico que caracteriza a sus escritos. Es que, si a otros les cuadran elogios de esa índole, en su caso no bastarían para hacerle justicia, y tampoco a usted le convencerían. Sin embargo, en la medida en que le cuente por qué no lograría hacer algo más, le iré sugiriendo qué forma le daría a mi crítica si es que pudiera realizarla.

Mi dificultad estriba, en primer lugar, en que sus obras, aunque son variadas, ofrecen muy poca materia directa para la crítica. El volumen que le dio especial renombre (*El Año Cristiano*) es de un género tan insólito que apenas cabe dentro del concepto de literatura; y así es también el que le sigue, la *Lyra Innocentium*. Su traducción de los Salmos, tan valorada por los especialistas en hebreo, pertenece a una sección de tarea literaria tan relacionada con la ciencia gramatical que no permite incluirla fácilmente bajo el rótulo de “literatura”. Su máxima obra literaria, “*Conferencias sobre Poesía*”, tan llena de agudas observaciones y tan bella por su lenguaje, está en latín (*Praelectiones Academicæ Oxonii Habitaæ*, Oxford, 1844). En cuanto a sus composiciones de circunstancia, en prosa y en verso, si bien valiosas y dignas de su pluma, no son las que le acordaron su alta reputación ni dan la medida de la misma. Finalmente, sobre su edición de Hooker, he de decir que el conocimiento, la investigación, los trabajos y los logros de un editor de hecho quedan en la sombra e invisibles; tanto más en el caso del editor de Keble quien, por reverencia a su autor como por innata modestia y habitual olvido de sí mismo, hubiera puesto a su autor en primera plana y se hubiera escondido detrás.

¿Cómo, entonces, osaría yo pintar a un hombre que no posa para que lo retraten? ¿Cómo podría sacar a relucir (resaltar) sus méritos literarios cuando él considera que su principal oficio es editar, traducir, discurrir en una lengua muerta o cantar himnos?

1. Miss María Trench estaba preparando la edición de *Keble's Occasional Papers and Reviews* (Oxford, 1877) y le había pedido a Newman un juicio literario sobre Keble. Esta carta —con algunos cambios hechos por Newman— fue incluida en dicha edición.

Así, pues, la dificultad de colocarlo bajo la jurisdicción de la crítica no es accidental. Tan poco buscaba Keble el éxito al escribir, cuanto más ansían conseguirlo la mayor parte de los autores. Más bien mostraba recelo ante la perspectiva y el deseo de éxito, no solo para sí mismo sino para cuantos le eran queridos. Recuerdo que le pidió prestado a un amigo el sermón que éste había predicado ante la Universidad y que, supongo, le habían ponderado. Cuando se lo devolvió, le susurró al amigo en el oído: "Don't be original" (No seas original). Y él mismo practicaba la restricción que les recomendaba a otros. Una vez predicó un sermón en el púlpito universitario que causó gran impresión. Hurrell Froude y yo salimos de Saint Mary tan impactados, que no pudimos pronunciar palabra durante todo el camino de vuelta a Oriel. Keble se dio cuenta de ello y sin duda oyó también elogios por otras partes. Su sermón siguiente fue una gran desilusión para sus oyentes; carecía de unidad, precisión, efecto. No recuerdo qué ocurrió para explicarnos a nosotros la razón. Ello provenía de su vigilancia sobre sí mismo y su delicadeza de conciencia: no fuera a ser que en el sermón anterior hubiese manejado tanto el tema sagrado que de ese modo hubiera inducido a su audiencia a pensar más en él que en el tema.

Para mí, en verdad, cuanto mejor llegué a conocerlo, nada de lo que escribió pudo ser realmente un logro; y he aquí una segunda razón por la cual me considero tan poco calificado para encargarme de criticarlo. Cuando el tema de conversación era un predicador, su dicho habitual era: "Todos los sermones son buenos", y yo aprendía aplicarlo a sus propias composiciones, sean o no sobre temas religiosos. Todas ellas hablan de Keble. Más aún, soy incapaz de separar el escritor del hombre, o de verlo como poeta, crítico, erudito, comentarista, editor o teólogo, salvo en cuanto dichos aspectos forman una unidad en su personalidad. Con demasiada frecuencia lo he oído en conferencias, prédicas, conversaciones como para no haberme acostumbrado a asociar su tema y dichos con su dicción y aliento vivientes. Todavía oigo las modulaciones y cadencias de su voz, sus pausas y énfasis; recuerdo la música que había en la sencilla seriedad y dulce gravedad con las que hablaba, el modo con el que sostenía sus papeles, sus gestos, su mirada, todo ello está ante mí. Ni siquiera puedo juzgar imparcialmente su estilo: frases y ubicaciones de palabras, que otros podrían considerar imperfecciones en su composición, para mí armonizan por el recuerdo de cómo él las pronunciaba.

Y esto me lleva a otra razón por la cual me siento incompetente para enunciar un juicio literario sobre Mr. Keble: porque soy incapaz de discriminar lo que, en sus escritos, es de origen intelectual de lo que es de origen ético. Hay escritores a quienes lo único que los hace recomendables es su talento y que nunca podrían ser tomados por hombres de altas intuiciones morales; y hay otros a quienes apreciamos por sus cualidades religiosas pero a los que no calificaríamos jamás de inteligentes o capaces. En ambos casos, la crítica resulta muy fácil; pero, en la medida en que se eleva el nivel de lo intelectual o ético, estas distintas provincias mentales son confundidas por el observador común y lo que es propio de una se le adjudica rápidamente a la otra. Así, en nuestros días especialmente, la calma de una mente intelectual parece paz cristiana, y un poeta o novelista con solo sus poderes dramáticos compone himnos, traza caracteres, pinta escenas, que son extraños a su propio modo de ser. En el otro extremo, lo que suena como aguda sátira o ingeniosa ironía, o como profundos pensamientos tersamente expresados, o como concepciones originales, o como bellas imágenes, puede proceder de los labios de los niños y de los carentes de educación, precisamente de su ignorancia y simpleza, de su independencia mental y hábito de reflexión, tal como nos lo recuerda el conocido cuento en la entrevista de la joven lechera escocesa y la reina Carolina. O bien, para ilustrarlo con un ejemplo más elevado y sacro: la inspiración, don para fines morales y teológicos, puede indirectamente convertir a los escritores sagrados en poetas y filósofos.

En cuanto a Mr. Keble, todo cuanto me animo a decir de él al respecto es lo siguiente: que sus finos instintos religiosos, su espíritu sobrenatural, su delicadeza mental, su ternura para con los demás, su jovialidad, su lealtad a los Santos Padres, y su torismo político, son cualidades éticas, cuya prominencia le otorga a todo cuanto escribió un carácter único, o una personalidad (como he dado en llamarla); empero, estas cualidades no hubiesen logrado desarrollar esa personalidad y hacerla visible al tomar forma en el ámbito de la literatura, si él no hubiese poseído especiales dotes intelectuales y no las hubiese aprovechado y elicita-

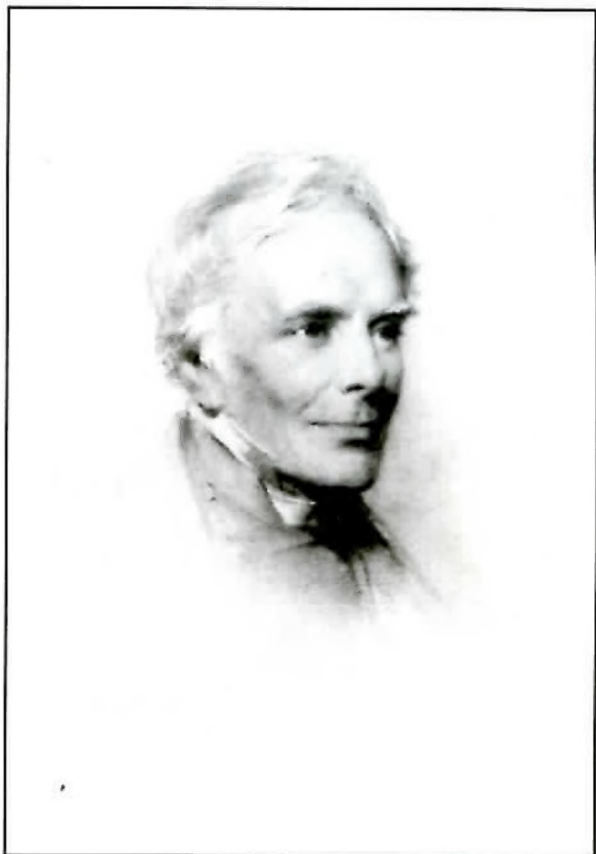
John Henry Newman
(Letters and Diaries, vol. 27, p. 370-373)

Es necesario al menos una breve noticia biográfica para comprender lo que dice Newman sobre el que fuera uno de sus grandes amigos y, en su época juvenil de Oxford más que un amigo, un guía, por los años que le llevaba y por la talla espiritual e intelectual que había alcanzado.

John Keble (1792-1866), hijo de un cura de campo de la Iglesia Anglicana, cursó brillantes estudios en Oxford y fue elegido fellow de Oriel en 1811, y más tarde tutor. Ordenado sacerdote en 1816, no desdeñó ejercer su acción pastoral en medios rurales a pesar de sus reconocidas dotes intelectuales. Más bien las puso a su servicio.

Entre 1819 y 1827 escribió las poesías de "El Año Cristiano", que son una especie de comentario en verso de la liturgia de cada uno de los domingos del año, así como de otros oficios (bautismo, casamiento, sepelio y fiestas de santos). Este libro (editado anónimamente) obtuvo un éxito notable pues su sencillez y hondura religiosa hace accesibles a todos la meditación de los grandes sistemas cristianos. Se publicaron casi cien ediciones durante su vida y muchas más después de su muerte.

En 1831, Keble fue nombrado catedrático de Poesía en Oxford, de donde proviene su libro en latín. Por esta época estuvo en contacto estrecho con Newman y Froude, con quienes compartía la concepción de la constitución apostólica de la Iglesia así como los principios dogmático y sacramental. Como a estas bases firmes se oponía una creciente oleada de liberalismo, Keble predicó alertando sobre este peligro, en la Iglesia de Santa María de la Universidad el 14 de julio de 1833. Su sermón, titulado "La Apostasía Nacional" es considerado como el punto inicial del Movimiento de Oxford. Su ejemplo de integridad moral y religiosa influyó en sus colegas y estudiantes, y a partir de entonces Keble colaboró con Newman en los "Tracts for the Times" mediante los cuales difundieron el ideal anglo-católico de dicho movimiento en toda Inglaterra. Pero, a diferencia de Newman, no le asaltaron las dudas sobre la ortodoxia católica y legitimidad sucesoria de la Iglesia Anglicana y —por más que fue depositario de las confidencias de Newman en tal sentido, hasta su conversión en 1945— Keble permaneció en aquella, ejerciendo desde 1836 como humilde vicario de campo hasta su muerte en 1866. Solo más tarde, con el cambio que obró el Movimiento de Oxford, llegó Keble a ser venerado casi como un santo en la Iglesia Anglicana y le fue dado su



John Keble, por George Richmond, 1863

nombre a un college de Oxford.

En esta vida resalta la humilde servicialidad. Ante todo la humilde servicialidad del sacerdote que pone sus dotes a disposición de la Palabra de Dios y del pueblo cristiano. Clarifica la primera y la allana para llegar a todos. Prueba de ello son sus poemas del "Año Cristiano". En cuanto a sus sermones, Newman recalca su regla y consejo: "Don't be original"! El predicador no ha de querer destacarse como orador, sino más bien destacar el tema religioso que ha tomado a su cargo comentar. Con esto se conjuga esa otra idea de Keble que rescata su comentarista: "Todos los sermones son buenos". Lo serán, en la medida en que cada predicador acepte y aproveche sus propias condiciones oratorias, sin buscar efectos ni artificios. En este género homilético, según Newman, no solo juegan las palabras dichas, sino la voz y los gestos, todo lo cual trasunta el carácter de quien está predicando. En la homilía se transparentan de algún modo sus vivencias íntimas —religiosas y morales. Se daría entonces la paradoja: quien renuncie a ser original con una originalidad

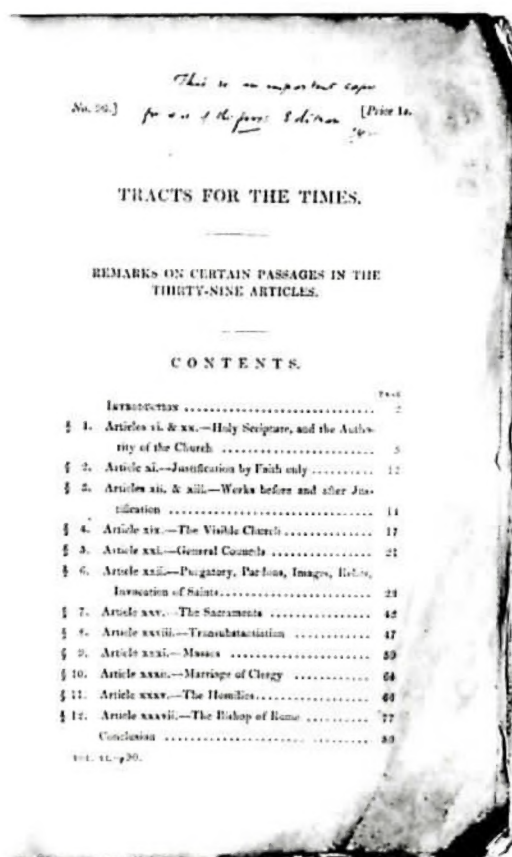
extrínseca, resultará original con originalidad intrínseca. Dará auténticamente de lo que lleva en el alma, y esto hará más convincente su comentario de la palabra de Dios.

Pero la regla "Don't be original" vale también para otras actividades, ya no pastorales sino intelectuales y hasta eruditas: el comentario, la traducción, la edición. Quien emprende la edición de una obra ajena, ha de ponerse totalmente a su servicio, y no ponerla al servicio de su reputación y renombre. En su edición de Hooker, Keble constituye para Newman un ejemplo de este noble y leal carácter ético. Al subrayar constantemente esta correspondencia en el caso de Keble, el autor de la carta hace sentir por qué se ha negado a ceñirse meramente a un elogio sobre "méritos literarios". Ciertamente no cabe hacerlo con un autor de este tipo: un autor eclesiástico de sermones y poesías paralitúrgicas, ni con un erudito, y menos cuando se trata de una personalidad religiosa de gran talla.

Y así, notablemente, su negativa a "hacer crítica literaria" en el caso de Keble, pone de manifiesto la capacidad crítica de Newman. Tal negativa procede de su discernimiento de los géneros



St Mary the Virgin. Reproducción de un dibujo de McKenzie de 1834



Facsimil del índice del famoso Tract 90, cuya publicación marcó un punto de inflexión tanto para Newman como para el Movimiento de Oxford.

(propiamente literarios, paraliterarios y literario-eclesiásticos) y de lo que importa tener en cuenta en cada uno, así como de su penetrante captación del meollo íntimo y personal de un autor, que determina lo que es característico en sus obras.

Consideramos por esto que esta carta de Newman constituye un modelo de juicio crítico, en el que él mismo ha procedido servicialmente para poner en evidencia la personalidad de Keble, su originalidad, lo que le era propio y único; y para exponer, gracias a este ejemplo, lo que tanto su amigo como él entendían que debía ser la virtud esencial y específica de todo autor eclesiástico (en su oratoria y en sus escritos): la humilde servicialidad para con la palabra de Dios y para con la feligresía. Esto denota caridad: amor a Dios y amor al prójimo.

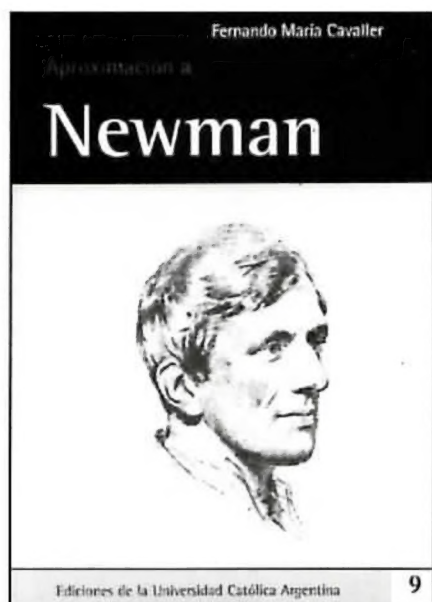
Inés de Cassagne
Traducción y comentario

¡NOVEDAD!

Una obra ideal para una
auténtica "aproximación"
a la vida y el pensamiento
del gran cardenal inglés

INDICE DE LA OBRA

1. El hogar familiar.
2. El hogar inglés.
3. La iglesia anglicana: el hogar espiritual.
4. Ealing: el hogar de la primera conversión.
5. Oxford: el hogar de la fe y la razón.
6. Littlemore: el hogar del paso a Roma.
7. La Iglesia Católica: el hogar para siempre.
 - Old Oscott: el hogar de su infancia católica.
 - Roma: el hogar de su juventud católica.
 - El oratorio de Birmingham: el hogar de su madurez católica.
8. El hogar eterno.



EDICIONES DE LA
UNIVERSIDAD
CATOLICA
ARGENTINA



“ Que sea vuestra mente tan celestial como pueda, lo más amante, lo más santa, lo más celosa, lo más enérgica, lo más pacífica, pues si apartamos nuestra mirada de Él por un momento, y la dirigimos a nosotros mismos, al instante estas excelentes disposiciones caerán en algún extremo o error. La caridad se convierte en super-facilidad, la santidad es infectada de orgullo espiritual, el celo degenera en ferocidad, la actividad devora el espíritu de oración, la esperanza llega al colmo de la presunción. ”